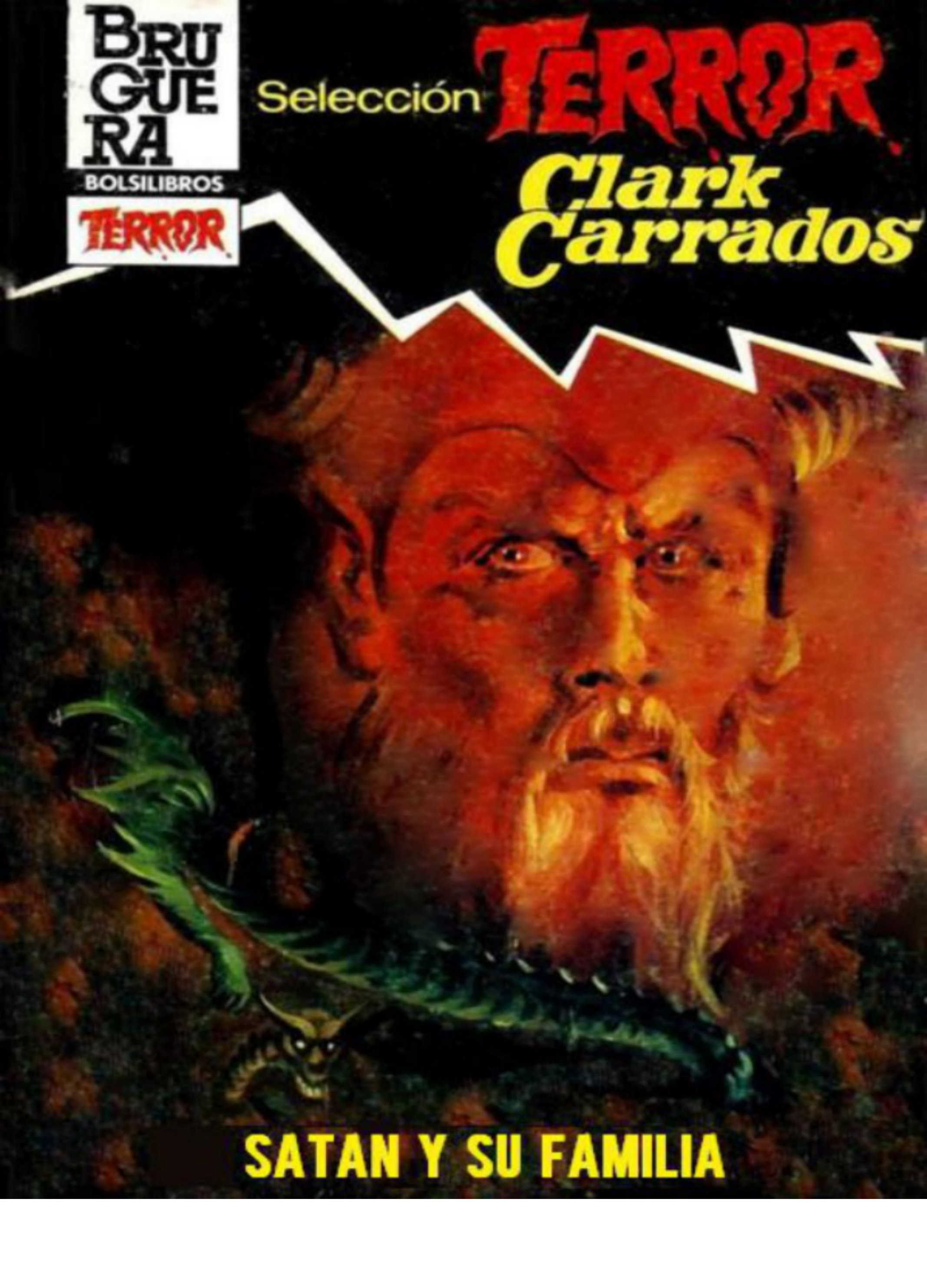

BRUGUERA
BOLSILIBROS
TERROR
Selección TERROR
Clark Carrados
SATAN Y SU FAMILIA



SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

531 – La llamada de los muertos, *Adam Surray*.
532 – Tumba sin fondo, *Clark Carrados*.
533 – La tarántula asesina, *Joseph Berna*.
534 – La danza de los esqueletos, *Ada Coretti*.
535 – …Y surgieron de la niebla, *Ralph Barby*.

CLARK CARRADOS

SATAN Y SU FAMILIA

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 536
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0
Depósito legal: B. 13.873 - 1983

Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: junio, 1983
2ª edición en América: diciembre, 1983

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1983

CAPITULO PRIMERO

El chico estaba en la acera, apoyado negligentemente en un farol, absorbido en la fascinante tarea de chupar un caramelo, mientras contemplaba el intenso tránsito de la calle principal de Varnton, cuando, de pronto, reparó en él una anciana señora que se disponía a pasar al otro lado, una vez se encendiese la luz roja para los coches.

La viuda Esmond era un tanto entrometida y por ello no resistió la tentación de preguntar al chico qué hacía en la calle, en lugar de estar en la escuela, como era su obligación.

El chico volvió sus grandes ojos azules hacia ella y le dirigió una mirada de infinito desprecio.

—¿A usted qué le importa, vieja de todos los demonios? —contestó.

Jessica Esmond estuvo a punto de sufrir un colapso al oír aquella poco respetuosa contestación.

—¿Es que en tu casa no te han enseñado a ser más atento y educado con las personas mayores?

—Déjeme en paz, vieja bruja —dijo el chico, sin dejar de chupar su caramelo.

—Oh, pero qué... Llamaré a un guardia para que te lleve a casa y diga a tus padres lo que me estás haciendo...

La lengua del chico asomó largamente en son de burla.

—¡Brrrr...! Vieja bruja, vieja bruja, novia de Satanás, vete a tu casa a preparar la cena... Vieja bruja, vieja bruja...

La sangre se agolpó en el rostro de la anciana señora Esmond quien, sin poder contenerse, alzó el bastón para golpear al irrespetuoso muchacho. Pero, en el mismo momento, alguien vio su gesto y corrió hacia ella.

—¡Señora Esmond! —gritó el guardia Martin—. ¡Por Dios bendito! ¿Qué iba a hacer usted? ¿Golpear a un niño indefenso?

La viuda Esmond temblaba de excitación, mientras señalaba al niño con el bastón.

—Ese infernal chiquillo.., Sólo le pregunté por qué no estaba en la escuela y me ha dado unas respuestas atroces... Me ha insultado con palabras horribles... Yo siempre muy pacífica, agente Martin, pero es que este crío me ha sacado de mis casillas....

El guardia se volvió hacia el chico, que permanecía tan tranquilo, como si no hubiera sucedido nada.

—¿Cómo te llamas, pequeño? —preguntó.

—No tengo obligación de contestarle, «pies planos». Si quiere saber cómo me llamo, lléveme arrestado a la comisaría, pero no olvide que tengo mis derechos constitucionales, ¿eh?

Martin y la señora Esmond permanecían petrificados por el asombro, ante la precocidad de un niño que no parecía tener más allá de diez o doce años. Pero, al mismo tiempo, descubrían en él ciertas cualidades nada agradables, que podían convertirle en un endurecido criminal el día de mañana.

Era lo que pensaban las dos personas mayores. Martin empezó a perder también la paciencia y dio un paso hacia el chico, pero éste se le escapó hábilmente, situándose unos pasos más allá.

—Total —dijo burlonamente—, no sé por qué se preocupa tanto por esa vieja momia, si un día de éstos va a venir el diablo y se la va a llevar para que le haga compañía en el infierno.

Jessica lanzó un aullido de rabia. Martin dio unos pasos más hacia adelante, pero, en aquel mismo momento, el muchacho emprendió una veloz carrera, que le llevó a situarse a la zaga de un camión, a la que saltó con una agilidad propia de un hombre adulto y, además, bien entrenado.

Desde allí, mientras se alejaba, sacó la lengua y se puso el pulgar de la mano derecha en la nariz, con los demás dedos extendidos, en un gesto que se entendía fácilmente. Martin quiso correr detrás del camión, pero en aquel instante vio que Jessica se desplomaba sin sentido y se precipitó a ayudarla.

—Maldito crío —dijo entre dientes—. Averiguaré quién es y daré un buen rapapolvo a sus padres...

Un coche de patrulla vino a los pocos instantes y se llevaron a Jessica a su casa. La viuda Esmond se había recuperado ya y agradeció a los policías sus atenciones. Hizo que llamasen a una vecina suya, buena amiga, y luego se metió en la cama.

Aquella noche, no pudo dormir apenas, pensando en el suceso de que había sido protagonista. Jessica era una mujer obstinada y, apenas se levantó al día siguiente, empezó a pensar en la forma mejor de encontrar al chico, a fin de dar una queja en regla a sus padres.

Después del aseo matutino, empezó a prepararse el desayuno. Entonces, a través de la ventana, vio al chico que estaba situado a unos pasos de distancia, sonriéndole con expresión burlona.

Jessica se indignó y salió de la casa, a fin de echarle el guante, pero el crío huyó a la carrera y desapareció en pocos segundos. La viuda Esmond empezó a sentir ciertos ahogos en el pecho, que le indicaron la conveniencia de llamar al médico.

*

El coche estaba parado a un lado de la carretera y junto a él se veía a una atractiva mujer con cara de preocupación. Podía tratarse de una trampa para robar a un incauto automovilista, pensó Victor

Valley, mientras aplicaba el freno, pero, en el peor de los casos, él sabía cómo salir airoso de una situación semejante.

Y si la rubia se encontraba realmente en apuros, él la ayudaría en la medida de lo posible, se dijo, al detenerse su coche junto al de aquella hermosa joven.

Al apearse, la rubia se le acercó con paso muy vivo.

—No sé cómo darle las gracias, señor... He hecho señales a otros coches y no se ha detenido ninguno... Mi automóvil se ha parado; no sé cómo ponerlo en marcha nuevamente...

—Está bien, no se preocupe, señora —sonrió Valley—. Yo no soy lo que se dice un experto mecánico, pero quizá pueda ayudarla... Vamos a ver lo que le pasa a su coche...

Levantó la tapa del motor y echó un vistazo a su interior. Hizo algunas pruebas y acabó volviéndose hacia la joven.

—Los coches, a veces, se portan como niños, y se ponen enfermos sin saber cómo ni por qué —dijo jovialmente—. En el caso de un chico enfermo, tenemos el recurso de llamar al médico. Aquí no hay otra solución que buscar un mecánico.

Ella se mordió los labios.

—Tenía que llegar precisamente hoy mismo a Varnton...

—¿A Varnton ha dicho? Precisamente yo me dirijo a esa población —exclamó él—. Si quiere, tendré mucho gusto en llevarla hasta su casa, señora...

—Kelsey, Eunice Kelsey, y no sabe cuánto le agradezco el favor que va a prestarme.

—¡Bah! No tiene por qué darme las gracias. Y, a propósito, me llamo Valley, Victor Valley. Escuche, señora Kelsey, vamos a hacer una cosa. Yo tengo una cuerda de remolque en mi coche. Creo que hay una estación de servicio a un par de millas. La llevo hasta allí y si la avería de su coche no es importante, podrá volver en él a Varnton. En caso contrario, vendrá conmigo. ¿Le parece bien?

—Estupendo, señor Valley... Muchísimas gracias otra vez...

Valley miró a la mujer que tenía frente a sí y que no contaba siquiera treinta años. Tenía una frondosa cabellera rubia y los ojos más hermosos que había visto nunca. En cuanto a su cuerpo, había sido pródigamente dotado por la naturaleza y, en aquellos momentos y, sin poderlo remediar, Valley envidió sinceramente al señor Kelsey.

En la estación de servicio, poco después, les dieron una desagradable noticia.

—Tiene fundida una biela —dijo el mecánico—. Es una avería bastante seria...

La decisión prevista no tardó en ser aceptada.

—Trasladaremos su equipaje al coche y se vendrá conmigo a Varnton, señora Kelsey —dijo el joven.

*

El agente Benny Martin se acercó a la casa de la señora Esmond, con ánimo de darle lo que estimaba una noticia que, en cierto modo, alegraría su espíritu. Había visto a la anciana un par de veces después de aquel incidente y había podido darse cuenta de que estaba bastante decaída.

La viuda Esmond, se dijo, había padecido bastante a consecuencia del encuentro con aquel desvergonzado chiquillo. Martin sabía ahora quién era y dónde vivía, y se proponía participárselo a Jessica, a fin de que ésta cursara la oportuna denuncia.

Al chico no le harían gran cosa, pero a su padre, un juez le amonestaría severamente, a fin de que tuviese más cuidado con su hijo. Y, por supuesto, tendría que enviarlo a una escuela...

Así pensaba el guardia Martin cuando llegó a la puerta de la casa de Jessica. Tiró de la anticuada cadena que había junto al umbral y aguardó un poco.

La viuda Esmond no contestó. Martin se sintió extrañamente preocupado, porque conocía las costumbres de la anciana y sabía que tenía que estar en su casa a aquellas horas.

Volvió a llamar, con idéntico resultado. Al cabo de un minuto largo, se decidió a averiguar lo que sucedía y empuñó el pomo.

Asomó la cabeza.

—Señora Esmond...

En la casa reinaba un silencio total. Martin empujó la puerta un poco más y dio un par de pasos en el interior, sin recibir la menor respuesta a sus llamadas.

No tardó en conocer la causa. Meneó la cabeza al ver a Jessica todavía en su cama, con los ojos cerrados y las manos crispadas sobre el embozo.

—Sí que tiene el sueño pesado...

De pronto, se percató de un detalle que le había pasado desapercibido hasta entonces: el rostro de Jessica tenía una palidez de cera. Hasta sus labios habían perdido el color.

Acercándose a ella, rozó su apergaminada mejilla con dos dedos.

—Pobre señora... ¡Dios la tenga en su gloria! —murmuró, mientras hacía la señal de la cruz.

Era preciso avisar al médico personal de Jessica, se dijo, a fin de comunicarle la noticia del fallecimiento. Mientras levantaba el teléfono, pensó en el encuentro de la viuda Esmond con el desvergonzado Ritchie Kelsey.

¿Qué había dicho aquel perverso muchacho?

«...Un día de éstos va a venir el diablo y se la va a llevar para que

le haga compañía en el infierno…»

¿Había sido una profecía?

Martin sintió un escalofrío. No era supersticioso, pero, en aquel momento y sin poder contenerse, se preguntó si Ritchie Kelsey tenía poderes sobrenaturales que le permitían ver el futuro.

O matar a la gente sólo con desearlo…

Sacudió la cabeza.

—Tonterías —se apostrofó a sí mismo—. La pobre Jessica tenía demasiados años y el corazón debía fallarle un día u otro. No hay nada de misterioso en su muerte.

Algo más animado, llamó al médico para que certificase la defunción de la viuda Esmond.

CAPITULO II

De pronto, Eunice Kelsey se puso una mano en la frente.

—¿Le ocurre algo? —preguntó Valley solícitamente.

—El calor... Me siento un poco agobiada... —respondió ella.

Era cierto. Hacía un calor infernal y ni siquiera se aliviaba con las ventanillas abiertas y el coche rodando a ciento veinte por hora.

Eunice había tenido sin duda un día muy duro, pensó Valley. El cansancio había hecho presa en ella y lo malo era que aún les quedaba casi una hora de viaje.

De pronto, Eunice levantó una mano.

—Quisiera pedirle un favor...

—Claro, lo que guste, señora Kelsey.

—Es que usted..., tal vez... tenga prisa en llegar a Varnton...

—Oh, en absoluto. Lo mismo me da llegar dentro de una hora que dentro de dos... ¿Qué puedo hacer en su obsequio, señora?

—Mire... allí, a veces, suelo detener mi coche y me doy un baño en el río... Si usted fuese tan amable...

—No faltaría más.

Valley redujo la velocidad y, un par de cientos de metros más adelante, se introdujo por un camino de tierra, que acababa en las inmediaciones del río, que corría mansamente entre espesas hileras de chopos y álamos. Eunice se apeó en el acto.

—Tengo un traje de baño en mi equipaje —sonrió—. No sé cómo darle las gracias; una vez más, estoy dándole molestias...

Valley levantó una mano.

—Sólo deseo que el baño le siente bien —dijo.

Eunice se marchó al poco.

—¡Tenga cuidado; hay mucha profundidad en algunos sitios del río! —gritó él, a modo de advertencia, cuando la vio desaparecer al otro lado de unos arbustos.

—También a mí me sentaría bien un buen baño —soliloquió—. Pero no tengo bañador y ella podría tomar a mal que la acompañase... a fin de cuentas, es una mujer casada...

Transcurrió un buen rato. El coche había quedado a la sombra de los árboles y en aquel lugar se estaba bastante bien.

El tiempo se le pasó sin darse cuenta. De pronto, oyó un agudo grito.

Valley estaba sentado en el coche, con la puerta abierta y las piernas fuera, y se enderezó al oír el grito.

—¡Señora Kelsey!

—Aquí, por favor... —llamó ella.

Valley echó a correr. La voz de Eunice sonó nuevamente:

—Creo que me he torcido un tobillo...

El joven alcanzó los arbustos y dio la vuelta, deteniéndose bruscamente, como si le hubiesen golpeado con un mazo en pleno pecho.

Eunice estaba tendida en el suelo, sobre una toalla de vivos colores, completamente denuda, y le sonreía de un modo muy especial.

—No me pasa nada —dijo—. Excepto que... necesito un poco de compañía. Además, quiero agradecerle ¡as molestias que le estoy causando...

Valley tragó saliva.

—Señora, yo...

—¿No te gusto? ¿No me encuentras apetitosa?

—Señora, su esposo...

Eunice lanzó una ruidosa carcajada.

—No te preocupes de un marido que me dejó hace mucho tiempo —respondió, a la vez que le tendía los brazos—. Ven, ven pronto...

Valley respiró con fuerza. A fin de cuentas, era soltero y no estaba comprometido con nadie. Y, ¡qué diablos!, no podía desaprovechar una ocasión semejante.

Mientras se fundía en un volcánico abrazo con la ardiente señora Kelsey, pensó un instante que estaba siendo protagonista de algo que no había pensado siquiera al salir de' su casa aquella mañana. Pero luego, el furor de la pasión le hizo olvidar todo cuanto le rodeaba, excepto los cálidos labios de Eunice y su cuerpo lleno de fuego y de sensualidad.

Tres horas después, a media tarde, cuando ya avistaban Varnton a poca distancia, ella puso una mano en la rodilla del joven.

—Ven a verme siempre que gustes —invitó—. Vivo en Cedar House y serás bien recibido en todo momento.

—Sí, iré a verte alguna vez —aceptó Valley.

—¿Estarás muchos días en Varnton?

Valley demoró la respuesta unos segundos, mientras mantenía la vista fija al frente.

Las montañas cerraban el horizonte y parecían proteger con su mole la ciudad. Había un enorme desfiladero en el centro de la cordillera, pero seguía un trazado sinuoso, irregular, en zigzag, lo que, en ocasiones, le hacía invisible. Sin embargo, desde el lugar en que se encontraban, podía divisar parcialmente la gris estructura de la presa que había sido construida pocos años antes y que servía tanto para proporcionar energía eléctrica como para regular las avenidas del rio en época de lluvias.

Sobre las montañas, las nubes, grises, ventrudas, parecían ir a reventar en cualquier momento. No importaba, se dijo, la cantidad de

agua que cayese; la presa evitaría catástrofes e inundaciones y el río que ahora tenían a su derecha, crecería un poco, eso sería todo.

Pero no quería declarar, al menos por el momento, los verdaderos motivos de su viaje a Varnton.

—No lo sé —respondió al cabo—. No depende enteramente de mí, Eunice.

—Negocios, supongo —dijo ella.

—Sí, negocios. Quizá los primeros días esté un poco ocupado, pero prometo ir a verte en cuanto me sienta un poco más descargado de trabajo.

*

La joven que estaba sentada a la mesa en el restaurante levantó la vista al sentir una presencia ajena y miró inquisitivamente al hombre que se había detenido frente a ella.

—¿Gladys Cooper? —dijo él.

—En efecto, yo soy —contestó la joven—. Y usted es...

—Victor Valley. Mi documentación, señorita Cooper.

Gladys examinó rápidamente la billetera que le tendía el recién llegado. Luego hizo un ademán.

—Siéntese, por favor —indicó—. Hablaremos mientras cenamos juntos, si no le importa.

—Estoy a su disposición, señorita —sonrió Valley—, Al menos, hasta conocer el asunto de que se trata. Entonces, podré decirle si sigo o no a sus órdenes. No la molestará que le hable con tanta sinceridad.

—Al contrario, lo prefiero.

Una camarera se acercó y encargaron la minuta. Mientras les servían el primer plato, Gladys puso los codos sobre la mesa y juntó las manos.

—Se trata de la presa del Golden River —dijo—. Le dieron ese nombre al río, hace ciento cincuenta años, cuando se encontró oro en sus orillas. Los «placeres», sin embargo, se agotaron pronto, pero el nombre quedó para siempre.

—Sí, lo sé —respondió Valley—. ¿Qué sucede con esa obra?

—Quiero que usted la examine, discretamente, desde luego, y cuando haya terminado su labor, redacte un informe con lo que haya podido encontrar.

—¿Por qué? La presa fue construida por una empresa muy competente. Conozco de sobra a la firma constructora y sé que es de toda garantía...

—Como suele decirse, hasta el mejor maestro echa un borrón de cuando en cuando.

Valley se puso rígido.

—¿Trata de decirme que... que hay deficiencias en la presa?

Gladys asintió con vigorosos movimientos de cabeza.

—Lo he visto yo misma y soy profana en la materia, de modo que usted, experto, podrá hacerlo aún mejor —declaró.

—¿Qué defectos ha podido apreciar?

—Grietas y filtraciones. Las grietas se han tapado, pero los males de fondo persisten.

—Deberían tomar medidas...

—No quieren, señor Valley.

—¿Por qué?

—Intereses creados.

—Vaya, nunca me imaginé que hubiese alguien a quien importa más el dinero que las vidas ajenas —exclamó el joven.

La camarera sirvió la sopa y se aplicaron durante unos momentos a saborearla. Luego continuaron:

—La presa se construyó con la oposición de Varnton. Hay rumores de que el anterior alcalde fue sobornado. En todo caso, se marchó de Varnton, cuando la obra estaba a punto de ser acabada. Dicen que se marchó convertido en un hombre rico, pero eso es algo que no se ha podido demostrar. Y, en realidad, no importa tanto ahora cómo probar que es una obra que, en lugar de evitarla, puede causar una catástrofe.

—Si eso fuera cierto, ¿qué recomendaría usted, señorita Cooper?

—Vaciar el embalse y mantener las compuertas abiertas, mientras se rehace la obra desde los cimientos al coronamiento —contestó ella sin vacilar.

—Prácticamente, una presa nueva.

—Pero absolutamente segura.

—Sí, si se hiciera como dice.

—Escuche, los vecinos de Varnton no tenían mucha razón cuando se oponían a la construcción de la presa. Todos los años había estragos e inundaciones. Además, teníamos deficiencias en el suministro de energía. Era una obra necesaria, pero ¡por Dios!, que fuese segura en lugar de ser, como ahora, una espada de Damocles pendiendo constantemente sobre nuestras cabezas.

Valley no dejó de apreciar el acaloramiento que latía en las palabras de la muchacha.

—¿Qué interés tiene usted en el asunto? —preguntó.

—Soy la propietaria del *Tribune*, y de la estación de radio y televisión local. Deseo denunciar el hecho, pero con pruebas, en lugar de rumores.

—Un periódico puede resultar un peligroso rival para la radio y la televisión, o a la inversa...

—Se complementan —dijo Gladys—, En Varnton hay lectores para

el Tribune, oyentes para la radio y espectadores para la televisión.

—Y todo es suyo —sonrió él.

—De mi padre, realmente, pero yo soy la directora general.

—Comprendo. Dígame, en su opinión, ¿qué sucedería si una avenida destruyese la presa?

—Estamos en la ruta de una avenida gigantesca. Varnton sería borrada del mapa como si alguien le diese un gigantesco manotazo. Aquí viven más de sesenta mil personas. Habría una mortandad espantosa...

—Los propietarios de la presa, supongo, no quieren reconocer tales deficiencias —dijo él.

—No quieren ni oír hablar del asunto. Su compañía se arruinaría, como puede comprender. Sencillamente, no tienen fondos para una nueva presa.

—Y no les importaría...

—Aseguran que la presa está bien construida. Tienen sus propios expertos, claro, pero yo sospecho que están comprados o no quieren reconocer sus errores. En fin, usted es neutral y emitirá un informe ponderado e imparcial.

—Eso puede llevarme bastantes días —alegó Valley.

—Tómese todo el tiempo que quiera —sonrió Gladys—, Por supuesto, sus honorarios corren de mi cuenta. ¿Está satisfecho con la propuesta que le hice por teléfono?

—No puedo quejarme —admitió él—. Pero quizá le resulte caro...

Gladys adelantó el torso y le miró con ojos llameantes.

—Si la presa revienta, yo perderé un periódico y una emisora de radio y televisión, suponiendo que salve la vida. Por tanto, su trabajo me resultará barato, aunque, como suele decirse, me cueste un ojo de la cara.

—¿Y si resulta que no hay deficiencias en la presa?

—Entonces, dormiré tranquila por las noches —rió Gladys.

*

Al terminar, Valley se dispuso a abonar el importe de la cena, pero Gladys ordenó al maitre que la cargara en su cuenta particular. A la entrada del restaurante había un gran barómetro y el joven pudo apreciar que la aguja indicaba una presión un tanto baja.

Mientras caminaban hacia la puerta, Valley pudo observar furtivamente a la muchacha. Era alta y espigada, de cabellos castaños, oscuros, cortos, y una silueta muy atractiva. Gladys tenía los ojos grises y una sonrisa sumamente atractiva, muy distinta de la que había apreciado en la voluptuosa señora Kelsey.

Era una comparación que surgió sin poderlo evitar. Pero Gladys,

se dijo, no era de la clase de mujeres que se ofrecerían sin más al primer hombre que pasara por su lado. No obstante, se dijo, medir a las dos con el mismo rasero era simplemente ocioso.

La noche estaba húmeda. El ambiente era sofocante. Las estrellas no se veían en el cielo, debido a la espesa capa de nubes que las ocultaba. Valley se dispuso a separarse de la muchacha, para encaminarse al hotel.

En aquel instante, un hombre, de paso inseguro, se acercó a la pareja.

—Ho…hola, Gladys —dijo el sujeto—. ¿Qui…quieres una buena noticia para tu *Tribune*?

Gladys sonrió comprensivamente y abrió su bolso.

—Señor Perry, hoy se le ha ido la mano en la botella —dijo—. Si no se corrige un poco, acabará muy mal. Un trago anima el espíritu y a todos nos sienta bien de cuando en cuando, pero el abuso del alcohol produce un final funesto.

—Ya…, ya lo sé…, pero no tengo prisa en llegar a ese final —rió el borracho—. A propósito, aún no te he dado la noticia…

—¿Es algo interesante?

Ellis Perry bajó la voz:

—Jessica Esmond no murió de un ataque al corazón —dijo, de una tirada.

Gladys puso cara de asombro.

—¿De veras? Ellis, no irá a decirme que fue un asesinato. Su médico certificó la defunción por causas naturales.

—Sí, sí, ca…causas naturales —rió Perry—. A Jessica la mató el perverso hijo de Symon P. Haggarth. Tú ya sabes quién es Haggarth, ¿verdad?

—Sí, el inquilino de Cedar House… —Perry eructó de pronto y Gladys tuvo que apartar la cara a un lado—. Ese crío es… un verdadero demonio y la mató sólo con desearlo… Ya tienes una buena noticia para tu periódico, muchacha…

Gladys puso un billete en la mano del desastrado sujeto, quien continuó su camino haciendo eses. Ella le miró unos instantes y luego meneó la cabeza.

—No tiene remedio —suspiró—. En cuanto a lo del niño de Haggarth, no irá a creer usted que tiene poderes suficientes para matar a la gente, ¿verdad?

Valley se puso las manos en el pecho.

—Como no lo conozco, no puedo opinar —sonrió. Iba a hacer una pregunta, pero de pronto rectificó, pensando que no sería discreto mencionar a Eunice Kelsey, ni siquiera absteniéndose de relatar detalles escabrosos. Pero Eunice le había dicho que vivía en Cedar House y el borrachín había mencionado aquella residencia. ¿Cuál era

la relación de Eunice con su dueño, el desconocido señor Haggarth?

—Es un chico rebelde y muy díscolo —manifestó Gladys—. Pero a nosotros lo que nos importa verdaderamente es el otro asunto.

—Sí, tiene razón.

—¿Cuándo empezará usted, señor Valley?

—Mañana mismo —respondió el joven resueltamente.

CAPITULO III

Era relativamente temprano cuando salió del hotel, pero apenas había puesto un pie en el exterior, se llevó una gran sorpresa.

Gladys aguardaba en la puerta, al volante de un jeep. La joven se había ataviado con sombrero blanco, camisa caqui y pantalones. Valley pudo apreciar un impermeable en el asiento posterior.

—He decidido acompañarle en su primera exploración al lugar de los acontecimientos —explicó ella graciosamente—. Los caminos son muy malos y éste es el vehículo apropiado para alcanzar sitios donde no se puede llegar de otra manera.

—Muy bien, como usted disponga —sonrió Valley.

Al acomodarse junto a Gladys, miró al cielo.

—El barómetro sigue bajando —declaró.

—Va a caer un pequeño diluvio —respondió Gladys—. Quiera Dios que la presa resista.

—No sea pesimista, mujer.

—Sí, sí, ya me lo dirá usted cuando la haya contemplado con sus propios ojos.

El jeep se puso en movimiento. Poco después, salían de la ciudad. Entonces, Gladys señaló con la mano una casa que se veía en lo alto de una pequeña colina.

—Esa es Cedar House —dijo.

—No se ve ni un solo cedro —comentó él.

—Los hubo en tiempos. Desaparecieron, como el oro de Golden River, pero los hombres persisten.

—¿Es cierto que el chico de Haggarth es un pequeño demonio? —preguntó Valley sonriendo.

Gladys hizo un extraño gesto.

—Eso dicen, aunque, hasta ahora, que yo sepa, no ha cometido ninguna diablura. Lo que dijo anoche Perry no eran sino fantasías de borracho.

Valley no pudo contenerse y, como ya la habían rebasado, se volvió para contemplar la casa. Allí vivía Eunice Kelsey. ¿Hermana del chico? ¿Su madre?

La casa era más bien de aspecto sombrío, con oscuro tejado de pizarra y una torrecilla situada en uno de sus ángulos. Había algunos árboles a su alrededor, pero le pareció que estaban secos, porque no se veían hojas, pese a hallarse solamente a finales de agosto.

De pronto, se echó a reír.

—Gladys, ¿sabe qué me recuerda Cedar House?

—No, dígamelo, por favor.

—La casa de Psicosis, aquella célebre película de Hitchcock...

—Sí, y Anthony Perkins, y la ducha de Janet Leigh... ¡Uf! Siento escalofríos cada vez que pienso en aquella escena... Pero era solamente ficción.

Gladys tendió la mano hacia adelante.

—«Eso» —dijo con voz profunda—, es realidad.

Ahora serpenteaban ya por un camino de tierra batida, que corría paralelamente al río, bastante turbulento en aquellos parajes. La mole de la presa parecía alzarse ominosamente sobre el horizonte montañoso.

Poco después, se adentraron en el desfiladero, de paredes sumamente escarpadas. Unos minutos más tarde, Gladys tomó un caminó aún más accidentado, que se deslizaba por la base de unas colinas de laderas muy abruptas.

Valley dejó de ver la presa y se preguntó adonde le conducía Gladys por aquella ruta, que parecía dirigirse a un lugar sin salida. El camino estaba muy descuidado y, en algunos puntos, pasaba junto a profundos barrancos, cuya vista causaba escalofríos al joven, al pensar en lo que podía sucederles si el coche se salía fuera de su ruta.

Pero Gladys conducía con mano firme y no había motivos para sentir temor. Casi de forma brusca, el camino torció en ángulo recto y atravesó una pequeña hondonada. Al salir al otro lado, Valley comprobó, con gran asombro por su parte, que se hallaban en un punto desde el cual dominaban la presa ampliamente.

El embalse quedaba a unos tres o cuatro metros por debajo de ellos y el lago formado por la retención de las aguas del río se perdía de vista. En aquel lugar, el desfiladero se hacía profundamente angosto y sus paredes eran prácticamente verticales.

—¡Ahí tiene usted la obra del diablo! —exclamó Gladys.

Había detenido el coche y Valley se apeó, para acercarse al final del camino, que terminaba precisamente en aquel punto. Gladys había llevado consigo una cámara fotográfica y se dispuso a tomar unas placas.

De pronto, Valley vio algo que le hizo estremecerse.

—Gladys..., perdón, señorita Cooper...

—No tiene importancia; puede usar mi nombre —sonrió ella—. El suyo es Victor, si no recuerdo mal.

—En efecto, así me llamo. Lo que yo quería decirle es...

Valley se interrumpió bruscamente, porque, en alguna parte, un desconocido había hecho un disparo y acababa de ver la nubecilla levantada por el impacto del proyectil, a pocos pasos de sus pies.

*

Un hombre apareció súbitamente, surgiendo del otro lado de unas

salientes rocas cercanas. El sujeto llevaba un rifle en las manos y miraba a la pareja con ojos hostiles.

Era un sujeto mal encarado, pero sumamente fornido y de aspecto antipático, sobre todo por la barba de varios días que no se podía decir precisamente adornase su rostro, ya que era más bien escasa y rala en algunos puntos. Cubría su cabeza con un viejo sombrero lleno de manchas de sudor y grietas en la copa y las alas, y los pantalones aparecían igualmente necesitados de un urgente relevo.

Impetuosamente, Gladys dio un paso hacia adelante.

—¿Por qué ha disparado contra nosotros? —exclamó.

—Les vi venir de lejos —contestó el individuo—. En cuanto me di cuenta de que no seguían el camino de la central, supuse adónde se dirigían y decidí esperarles aquí. Esto es propiedad privada y ustedes no tienen derecho a estar, de modo que lárguense inmediatamente.

—Le pagan bien para que nadie venga a husmear, ¿verdad, Neil Foran? —Gladys se volvió hacia su acompañante—. «Eso» que tiene delante, dicen, es un «jefe de seguridad» de la presa. Yo pienso más bien que es una mancha de grasa con dos patas.

El sujeto se enfureció y alzó el rifle. Valley temió lo peor.

—Aguarde un momento, amigo —dijo en tono conciliador—. No hemos venido a hacer nada malo. Solamente queríamos admirar el paisaje y eso, creo, no está prohibido en ninguna parte.

—Están en terrenos privados —insistió Foran.

—Habría mucho que hablar sobre el particular —contestó Gladys —. La empresa compró cierta extensión de tierra, pero no estoy segura de que su propiedad llegue hasta aquí. Y si no, ¿por qué no ponen carteles de advertencia?

—Eso no es cuenta suya. Yo sé bien dónde llegan los límites de la propiedad y les digo que están dentro de una zona que no les pertenece. ¡Vamos, muévanse! ¡Fuera de aquí!

—¿Le han ordenado que no meta mis narices aquí?

El rostro de Foran se congestionó. Nuevamente volvió Valley a sentirse aprensivo.

—Por última vez…

En aquel instante, se oyó un oscuro silbido.

Algo llegó velozmente y chocó contra la mano de Foran, arrancándole un aullido de dolor. El rifle se desprendió de unos dedos que se habían quedado súbitamente sin fuerza y cayó al suelo.

Foran lanzó una maldición y se precipitó a recuperar el arma, con la mano izquierda, pero otro extraño proyectil llegó y le alcanzó en las posaderas, haciéndole dar un tremendo salto, a la vez que emitía otro rugido.

Estupefactos, Valley y Gladys volvieron la vista y divisaron algo que les hizo dudar de la integridad de sus sentidos.

A unos veinte o veinticinco metros de distancia, sobre la cresta de una cercana eminencia, se destacaba la silueta de un chico de diez o doce años, provisto de la más extraña arma que ninguno de los dos hubiera soñado jamás en ver en aquellos parajes.

—¡Es Ritchie Kelsey! —gritó Gladys.

El niño, sonriendo perversamente, hizo girar la honda sobre su cabeza y disparó un segundo guijarro. Esta vez, Foran pareció presentir la trayectoria del proyectil y lo esquivó, saltando precipitadamente hacia atrás.

Al hacerlo, perdió pie y cayó resbalando por el terraplén. En aquel lugar no había una sola mata a la que asirse y, después de un corto descenso, se sumergió en las aguas del embalse.

Foran tosió al escupir agua y nadó torpemente hacia un lugar donde podía salir fácilmente al exterior. En aquel instante, se oyó una estridente carcajada en las alturas.

Valley se volvió, casi espantado. Ritchie Kelsey reía como un demente, muy divertido, al parecer, por la cómica caída del jefe de vigilantes. Pero, casi en el acto, dio media vuelta y desapareció de la vista de los dos jóvenes.

—Es... increíble —dijo Valley, cuando, al fin, se sintió con fuerzas para hablar—. Ese chico empleó una honda...

—Podía haber matado a Foran —manifestó Gladys, sumamente preocupada—. Es un tipo muy antipático, pero no desearía su muerte por nada del mundo.

—En todo caso, él sí parecía dispuesto a usar su rifle contra nosotros. Gladys se inclinó, recogió el arma y la lanzó a las aguas.

—Pura fanfarronería —calificó—, Foran no se habría atrevido...

—Gladys, cuando un tipo me apunta con un arma, yo siempre pienso lo peor. No es que me pase a diario y creo que es la primera vez que me sucede, pero más vale que ese chico haya intervenido en nuestro favor.

—Es un verdadero diablo...

—Hay momentos en que incluso la ayuda del diablo se agradece muchísimo.

—Eso sí es cierto —reconoció Gladys.

Foran había conseguido salir del agua y se alejaba, empapado y chorreante, hacia un sendero que se veía relativamente cerca y que conducía a la explanada situada inmediatamente antes del acceso al coronamiento de la presa. Una vez se volvió, sin embargo, y amenazó con el puño a los dos jóvenes.

—Está muy irritado —dijo ella.

—Es comprensible, pero creo que no debemos preocuparnos más de él. Hay otras cosas más urgentes, en mi opinión.

—¿Sí?

Valley tendió una mano hacia el lado opuesto del lago, en donde se divisaba una gigantesca pared de roca, abrupta, terriblemente escarpada y de aspecto tan bello como oscuramente amenazador.

—Aquello es lo que más debe preocuparnos —dijo.

—¿Qué es lo que debería hacer en su opinión, Víctor?

El joven se lo explicó. Gladys meneó la cabeza, dubitativa.

—No sé si el director querrá...

—Yo no puedo hacer nada, porque carezco de autoridad. Estoy aquí solamente para informar; en cambio, usted tiene medios para dar publicidad al asunto y conseguir que se haga lo que he propuesto.

—Significaría pérdidas de dinero...

Valley avanzó todavía unos pasos más y miró hacia abajo. Parte de la ciudad se divisaba a unos doce kilómetros de distancia, en el punto donde el desfiladero se ensanchaba y se convertía en un valle amplio, espacioso y de suaves laderas.

—Se perderá más, muchísimo más —afirmó—. Las vidas humanas no tienen precio, Gladys. Una persona muere y ahí se acabó todo; ya no es posible empezar de nuevo, no se le puede retrotraer a su infancia, adolescencia y juventud para reconstruir su existencia. Los bienes materiales o se rehacen y reconstruyen o se consiguen unos nuevos, idénticos o parecidos. La vida humana, una vez concluida, es irreparable.

Gladys parecía hondamente impresionada por las palabras del joven.

—Tiene usted toda la razón del mundo —contestó—. Y le prometo hacer todo lo que esté en mi mano para conseguir que se elimine ese peligro.

—Lo conseguirá, no me cabe la menor duda. Usted tiene empuje, además de inteligencia y los medios necesarios —sonrió él.

De pronto, notó algo húmedo en el rostro.

Levantó la vista. Las nubes casi parecían negras y se veían panzudas, con un aspecto siniestro que no conducía precisamente al optimismo.

Un relámpago brilló en el cielo. Cayeron gotas de agua.

El trueno llegó poco después, retumbante, fragoroso, estremecedor. La lluvia se intensificó.

Gladys echó a correr.

—Usted no se ha traído impermeable —dijo.

—He pecado de imprevisión —se lamentó Valley.

—Pondremos la capota del coche. Ayúdeme, por favor.

Cuando iniciaron la marcha, llovía intensamente. Mientras descendían hacia la ciudad, por un sendero en el que corrían numerosos regueros de agua, Valley pensó en aquel extraño chico y en su familia.

. Recordó también a Eunice Kelsey. Convendría hacer una visita a aquella joven tan ardiente y voluptuosa, aunque en modo alguno pensaba hacer el menor esfuerzo por continuar una relación basada en unos momentos de súbita pasión.

Eunice era una mujer joven, rebosante de vida; casi resultaba lógico lo que había sucedido durante el viaje. Pero no debía insistir en la continuación de aquellas relaciones.

Sin saber por qué, presintió que no le convenía.

—Si el tiempo sigue así, su labor se verá dificultada —dijo Gladys al cabo de un rato.

—Esperaré lo que sea necesario; no tengo prisa —contestó Valley —. Pero usted tiene una tarea que realizar y no debe descuidarla un solo minuto.

—Empezaré hoy mismo —prometió Gladys.

CAPITULO IV

De pronto, se le ocurrió que antes de dirigirse a Cedar House convendría conocer más detalles de Eunice, el chico y el hombre llamado Haggarth. Para ello, estimó, nadie mejor que el borrachín del pueblo, Ellis Perry.

Valley tenía cierta experiencia sobre el particular. La gente solía burlarse de tipos de la clase de Perry, pero la mayoría desconocían que eran hombres que sabían muchas cosas y que, pese a su etílica verborrea, ocultaban mucho más de lo que declaraban en público. Sí, Perry tenía que saber muchas cosas de la gente que vivía en Cedar House y él quería estar bien informado antes de hacer una visita a Eunice, con el pretexto del comportamiento del chico.

Llovía mansamente, aunque con notable intensidad. Mientras desayunaba en su habitación, leyó el Tribune, que había pedido especialmente, recordando lo sucedido la víspera. Gladys, cumpliendo su palabra, había iniciado el ataque contra la dirección técnica de la presa, aunque, por el momento, la crítica no era demasiado fuerte. Pero valía la pena ir mentalizando a la gente poco a poco, se dijo.

Inesperadamente, leyó una noticia que, en apariencia, no tenía relación alguna con el problema que le había llevado hasta allí, aunque sí con Varnton. Un famoso forajido se había evadido del presidio donde cumplía condena de por vida.

La noticia procedía de una agencia a la que estaba suscrita *Tribune*. El informador añadía que era muy probable que Buzz Monahan se dirigiera a Varnton, ciudad natal de otro bandido muerto en un encuentro con la policía un par de años antes.

El bandido muerto había dirigido la cuadrilla de la que Monahan había formado parte y que había conseguido un botín de seiscientos mil dólares en un asalto a un furgón blindado. Coxton había conseguido escapar con el botín, al parecer, previo acuerdo con sus secuaces para repartirlo más adelante y, según se creía, había podido esconder el dinero antes de morir acribillado a balazos por una patrulla de agentes que seguía sus pasos.

Los demás asaltantes habían sido detenidos poco después y condenados a severas penas, ya que en el atraco habían muerto los dos ocupantes del furgón blindado. Nadie, sin embargo, sabía dónde había guardado Coxton el dinero y ahora se suponía que Monahan iba en su busca, seguro de que se hallaba en algún lugar de Varnton.

—Problemas para la policía de aquí —murmuró.

Era un asunto que no le concernía, pensó. Luego volvió a otro tema que sí le interesaba: Ellis Perry.

Al terminar de desayunar, llamó a Gladys.

—¿Puede decirme dónde vive Perry? —consultó.

—¿Para qué quiere verle? —se extrañó ella.

—No sea curiosa. Simplemente, quiero conversar un poco con él, eso es todo.

Gladys le dio la dirección y añadió, de buen humor:

—Cómprese un impermeable y botas apropiadas —aconsejó.

—Ya estoy provisto adecuadamente —respondió él.

Momentos después, salía del hotel. Las distancias no eran grandes en Varnton y prefirió caminar a pie. Aunque llovía y la humedad era la nota reinante en el ambiente, no hacía frío y le gustó caminar bajo la lluvia.

Durante el trayecto, se le ocurrió una idea que puso en práctica sin perder tiempo. Media hora más tarde, con una botella bajo el brazo, llamaba a la puerta de una casa de mísero aspecto, situada en el extrarradio.

A los pocos momentos, Perry, en mangas de camiseta y pantalones sostenidos por un solo tirante, el pelo desgreñado y los ojos turbios, abrió la puerta y le miró recelosamente.

—¿Qué quiere usted? —preguntó, desabrido.

—Soy amigo de la señorita Gladys. Me llamo Victor Valley. Yo estaba con ella hace dos noches, cuando usted se acercó y le dijo algo del chico de los Kelsey.

Mientras hablaba, quitaba el papel que envolvía la botella. Los ojos de Perry brillaron codiciosamente y se lamió los labios.

—Entre —invitó—. La casa no está arreglada, pero...

—No tiene importancia, Ellis.

Perry apartó los restos de cena de una vieja mesa.

—Encenderé el fuego para preparar café —anunció.

—Está bien. Pero puede hablarme mientras tanto, supongo.

—Oh, sí, desde luego... No son gente buena, créame.

—Usted se refiere a la familia que vive en Cedar House.

Perry lanzó una risita sarcástica.

—¿Una familia? Bien, no son muchos, pero podría llamarse así..., aunque estaría mejor dicho Satán y su familia.

Valley respingó.

—¿Cuál de ellos es Satán?

—Haggarth, ¿quién otro podría ser?

—El padre de Ritchie...

—Padrastro, es lo correcto. Y también de ella.

—De la señora Kelsey.

—Sí. Pero éste es el apellido de su marido. No sé cuál es el de soltera, aunque tan poco importa mucho, ¿no le parece?

—Nada, Ellis. ¿Qué opina usted de esa gente?

Perry había puesto la cafetera al fuego y se volvió hacia el joven.

—El chico es un verdadero demonio y tiene poderes sobrenaturales. Tuvo un encuentro con la pobre señora Esmond, le deseó la muerte... y ella apareció muerta a los pocos días. Del corazón, según dijo su médico.

—La señora Esmond era muy anciana, tengo entendido.

—Pero gozaba de una salud de hierro. Ese chico infernal le deseó la muerte y sus deseos se cumplieron. Deberían encerrarlo en un reformatorio y tenerlo allí hasta la mayoría de edad, y luego meterle en un presidio para toda la vida.

—No se puede hacer eso con una persona —sonrió el joven—, Ritchie es un niño mal educado, simplemente; demasiado consentido, pero algún día su padrastro se dará cuenta de que es preciso corregirle y tendrá que hacerlo.

—¡Je! —rió Perry sin ningún entusiasmo—. Permítame que lo dude..., aunque si usted prefiere creerlo así...

—No me cuesta nada —dijo Valley—. Ahora cuénteme algo de Eunice.

—Es una mujer muy hermosa y sale poco de su casa. No sé qué más decirle.

—¿Y él? Me refiero a Haggarth...

—También es un tipo muy extraño. Da muchos paseos por el campo. Casi podría decirse que se pasa el día al aire libre... —Perry miró por la ventana y añadió—: Aunque hoy, con el agua que cae, habrá tenido que quedarse en casa.

—Entonces, ¿no trabaja?

—No, que yo sepa. O, por lo menos, no a la vista de la gente. Una vez dijo a no sé quién que es escritor y que trabaja por la noche. No sé más, excepto que...

Perry se calló bruscamente. Valley adelantó el torso.

—Siga, Ellis —pidió—. ¿Qué iba a decir usted?

El sujeto parecía un tanto indeciso.

Hubo un momento de silencio. Perry retiró la cafetera y llenó un pocillo, que ofreció al joven en silencio. Valley negó con la cabeza.

Transcurrió casi un minuto. Perry vació el recipiente, se limpió los labios con el dorso de la mano y fue a la mesa, para destapar la botella.

—Yo sé muy bien lo que busca esa satánica familia en Varnton —habló por fin.

-¿Sí?

—Sí. El dinero de Coxton.

Valley contuvo un respingo.

—Hombre, Ellis...

—Le digo que es cierto. Mire, yo he vivido aquí toda mi vida y ya tengo un montón de años encima. Conocí a Coxton cuando era un crío

que no levantaba dos palmos del suelo. Coxton era otro como Ritchie, siempre vagabundeando por ahí... Cuando se hizo mayor, se pasaba el día cazando con su escopeta... Conoce la comarca como nadie, bueno, la conocía... y sólo Dios sabe el sitio donde escondió el dinero... Repito que nadie conocía la comarca mejor que él y...

—En tal caso, Haggarth nunca encontrará el botín —sonrió Valley.

Perry se encogió de hombros.

—Yo no se lo diría, ni aunque me prometiese la mitad. Pero, si estuviera en lugar de Haggarth, iría a buscar a Torn Brughill.

—¿Quién es Brughill?

—El amigo de la infancia de Coxton y compañero de correrías. Pero cuando se hizo mayor, Brughill cambió y ahora es una persona respetable y apreciada en la ciudad.

—O sea que usted piensa que Brughill puede saber...

—Quizá sí, quizá no, ¿quién podría asegurarlo? Oiga, no le importará que me tome un traguito, ¿verdad?

—Hombre, para eso le he traído la botella —contestó Valley.

En aquel instante, se oyó un fuerte estruendo.

Algo había golpeado la puerta. Estaba mal cerrada y se abrió de golpe, dejando pasar una ráfaga de humedad al interior de la casa.

*

Una piedra de buenas dimensiones quedó en el suelo del umbral y Valley comprendió que había sido la causa del estruendo que les había sobresaltado. Antes de que tuvieran tiempo de hacerse preguntas vieron algo que les llenó de asombro.

Había una diminuta figura parada a unos veinte pasos de distancia, enfundada en un impermeable amarillo, con la capucha calada. Perry lo reconoció y lanzó un rugido de cólera.

—¡El maldito chico! —aulló.

Ritchie se llevó el pulgar a la nariz y sacó la lengua.

—Viejo borracho, haz que se airee tu pocilga... Sale hedor de ahí adentro, como si guardases toneladas de estiércol...

Perry dio un paso hacia adelante. Valley se levantó y le retuvo por un brazo.

—Cálmese, no vaya a cometer una imprudencia de la que luego tenga que arrepentirse —aconsejó.

—¡Viejo borracho, te gusta revolearte en la porquería, como los cerdos! —gritó Ritchie.

—Te voy a dar...

Perry blandió el puño. Ritchie se echó a reír.

—Te queda poco de vida, asqueroso vejestorio. Eres un cerdo y morirás como los cerdos, pero tu cuerpo irá a parar a un albañal, en

lugar de ser enterrado en un cementerio, como las personas decentes…

Valley no se pudo contener y dio un paso hacia adelante.

—¡Ya está bien, Ritchie! Vete a tu casa y deja de molestar al señor Perry. La señorita Gladys y yo estamos muy agradecidos por lo que hiciste ayer, pero no me gusta tu comportamiento ahora, ¿me has entendido?

El chico pareció sentirse impresionado. Hasta entonces, Valley había permanecido en el interior de la casa, que se hallaba en penumbra, por lo que no había podido verle. Su inesperada aparición pareció desconcertarle.

Pero, a pesar de todo, había odio en sus ojos. Súbitamente, dio media vuelta, echó a correr y desapareció a los pocos momentos bajo la cortina de agua que descendía de las alturas.

Perry destapó la botella y echó un buen trago, bebiendo directamente del gollete.

—Maldito crío… Me daban ganas de estrangularle con mis propias manos.

—No se altere, no merece la pena que se lleve mal rato por una chiquillada infantil.

—Me ha llamado cerdo y ha dicho que moriré como los cerdos y que acabaré en un estercolero, en lugar de ser enterrado en el cementerio… Señor Valley —dijo Perry casi llorando—. Ese chico es el diablo en persona…

Valley procuró consolar al atribulado sujeto.

—No haga caso —insistió—. Es muy díscolo, pero ya cambiará.

En aquel momento, Valley se propuso firmemente hablar con Eunice y ver de conseguir que hiciese algo para corregir a su hermano. Y lo haría aquel mismo día, sin perder más tiempo.

Poco después se despidió de Perry. El hombre se quedó sentado a la mesa y frente a la botella, cuyo nivel había descendido ya sensiblemente.

—La verdad, a veces uno piensa en Herodes como un benefactor de la humanidad —dijo a mediodía, cuando almorzaba con Gladys.

—¡Caramba, Víctor, no sea usted así! —rió la muchacha—, ¿Por qué piensa tan bien de Herodes?

Valley le relató el incidente ocurrido aquella mañana. Gladys meneó la cabeza.

—Ese chico le puede traer un día un verdadero disgusto a Haggarth, si éste no le hace comportarse con corrección —dijo.

—Hablaré con Eunice. Quizá ella, como hermana suya que es, pueda hacer algo en ese sentido.

—¿Cómo? ¿La conoce usted? —se sorprendió Gladys.

—Nos conocimos en el camino —sonrió Valley—. Su coche se

averió y no pudo continuar el viaje. Yo la encontré casualmente y la traje hasta su casa. Pero eso es todo.

No quería mencionar lo sucedido durante el alto que habían hecho, a causa del fingido malestar de Eunice. Era algo que debía quedar entre los dos, pensó.

—¿Cuándo piensa ir a visitarla? —preguntó ella.

—Hoy mismo, desde luego.

—Ya me contará el resultado de la entrevista, espero.

—No faltaría más. ¿Ha conseguido usted algo?

—Espero al ingeniero jefe. Está ausente. Ha ido a hablar con el presidente del consejo de administración. Mientras tanto, seguiré la campaña en el sentido que usted ya conoce.

—Hágalo, Gladys; es lo mejor en esta situación.

Poco después, se separaron. Valley se preguntó si le convenía usar el coche para dirigirse a Cedar House, pero parecía que la lluvia había amainado un tanto y decidió ir a pie. El ejercicio no estaba nunca de más y no merecía la pena sacar el coche del garaje para un kilómetro escaso de distancia hasta la casa de Eunice.

CAPITULO V

Eunice en persona abrió la puerta y se quedó vivamente sorprendida al verle en el umbral.

—¡Victor, no te esperaba...!

Valley se quitó el sombrero de hule y lo sacudió fuera.

—¿Puede pasar un empapado visitante? —sonrió.

—Oh, sí, claro, por supuesto. Anda, quítate el impermeable. El tiempo es verdaderamente infernal..., aunque no hace frío, casi dan ganas de encender la chimenea... ¿Querrás un poco de café?

—No me vendría mal una taza, en efecto.

Valley dejó el impermeable en la entrada. La casa, apreció, estaba bien cuidada, aunque había tenido épocas mejores, saltaba a la vista. Pero el conjunto resultaba agradable, quizá por el estilo anticuado y ya pasado de moda que se observaba en la decoración.

Una amplia escalera, con pasamanos de pulida madera, conducía al primer piso. Eunice le acompañó hasta un elegante salón y luego se disculpó para ir a preparar el café.

Regresó más tarde. Vestía un sencillo traje cerrado de cuello, aunque de manga corta, de cuadros azules y blancos, y ofrecía un aspecto realmente atractivo. Viéndola actuar con tanta mesura, Valley se preguntó si era la misma mujer que se le había ofrecido días antes tan impúdicamente.

Más valía olvidar aquel episodio, al menos por el momento. Después de un corto espacio de charla sin trascendencia, decidió entrar en materia.

—Eunice, yo querría decirte algo sobre tu hermano...

—Ah, sin duda te refieres a Ritchie. En realidad, es mi cuñado, el hermano de mi difunto esposo.

Valley arqueó las cejas.

—Pero ¿no estabas divorciada? —se sorprendió.

—¿Dije yo algo parecido? En todo caso, no me acuerdo; el calor me enfermaba y estaba un tanto aturdida... Por eso tuve que bañarme en el río...

—Bueno, no tiene tanta importancia. Así que Ritchie es hermano de tu difunto marido.

—Sí, no tenía otra familia y yo pensé que estaría mejor viviendo con nosotros.

—Haggarth es tu padrastro, tengo entendido.

Ella sonrió.

—Ya te has enterado de ciertos detalles —dijo.

—No he podido evitar oír algunos comentarios, Eunice.

—Haggarth se casó con mi madre hará unos doce años. Era algo

más joven que ella, desde luego, pero la amó intensamente y se portó conmigo como un padre auténtico. Yo le aprecio muchísimo, ¿comprendes?

—Bien, lo celebro, pero ¿qué me dices de Ritchie? ¿No crees que su comportamiento no es... muy correcto?

—Es chico lleno de vitalidad, no le tomes a mal algunas de las cosas que dice. Pero es generoso y desprendido, y cambiará cuando sea mayor.

—Ojalá aciertes —suspiró él—. La verdad es que le he visto en un par de ocasiones y siempre ha actuado con notoria... imprudencia, cuando no de forma abiertamente ofensiva.

—Es un chico solamente, hombre —rió Eunice—. Sé un poco más comprensivo, por favor.

—Muy bien, pero está a tu cargo, no lo olvides. Porque si hace algo irreparable, tú tendrías que responder de sus actos. ¿O no estás encargada de su custodia?

Ella hizo un leve gesto de contrariedad.

—La verdad es que no nos hemos preocupado demasiado de ciertos aspectos legales de su custodia. Simplemente, no tenía otra familia y se quedó con nosotros, es decir, con Haggarth y conmigo.

—Procura que rectifique. No me gustaría que hiciera algo de lo que luego tuvieras que responder.

—Hablaré con él. Cuando quiere, es un chico muy comprensivo.

—De acuerdo, no te diré nada más. Perdona mi atrevimiento, pero me pareció prudente...

Eunice hizo un ademán.

—No te preocupes, has hecho bien y te lo agradezco. ¿Más café?

—No, gracias.

Valley se puso en pie. Ella le miró intensamente.

—¿Estarás muchos días en Varnton? —preguntó.

—No lo sé exactamente. Depende de... ciertos asuntos que he venido a tratar y cuya solución no puedo predecir en un plazo fijo.

—Bien, si es así..., acuérdate de mí —dijo Eunice con acento cuyo significado él no podía ignorar.

—Es difícil olvidarte —sonrió Valley—. Pero ¿dónde?

—Podríamos ponernos de acuerdo.

—Tu padrastro...

—No se preocupa de mi conducta en determinados aspectos.

—Ya pensaré en algo, descuida.

Sin saber por qué, Valley se sentía incómodo en aquella casa y deseaba escapar cuanto antes. Eunice le atraía y repelía al mismo tiempo. Era una mujer indescriptiblemente bella, pero... ¿quién había dicho que el demonio había sido también un ángel de incomparable hermosura?

—Tengo que marcharme —dijo.

—Como quieras, Víctor.

Cuando salían al vestíbulo, oyeron un grito estridente que bajaba de las alturas.

Valley, sorprendido, miró en aquella dirección. Ritchie descendía velozmente, resbalando sobre el pasamanos de la escalera. Este terminaba en una enorme bola de metal dorado, pero, en el último instante, el chico la eludió con ágil salto que le llevó a poner los pies en el suelo sin sufrir el menor daño.

—¡Hale, hop! —exclamó, remedando a los artistas de circo.

—Ritchie, ¿cuántas veces he de decirte que no me gusta que hagas eso? —exclamó Eunice con acento de enojo.

—Lo siento, hermanita; me olvidé de mis promesas... ¡Es tan agradable bajar por ese tobogán! —contestó Ritchie con aire compungido.

—Un día te tendré que calentar el trasero con el sacudidor de alfombras y sabrás lo que es bueno. Ahora, ve a tu cuarto y quédate encerrado allí hasta la hora de la cena.

—Sí, Eunice —dijo el chico, con la cabeza gacha.

—Espera un momento, Ritchie —intervino Valley—. Quiero que me digas una cosa, por favor.

—Sí, señor.

—¿Dónde aprendiste a manejar la honda?

Ritchie sonrió alegremente.

—¿Verdad que lo hago bien, señor Valley? Pero aquel tipo les amenazaba a ustedes con el rifle...

—¡Cielos! —se asombró Eunice—. ¿Qué ha pasado, Víctor? ¿Por qué no me lo cuentas?

—En otro momento —dijo él, evasivo—. De todos modos, gracias, Ritchie.

—Fue un placer, créame —respondió el chico.

—Sí, pero lo que le hiciste al señor Perry no estuvo bien.

—Ese viejo borracho me persigue constantemente.

—le dijiste algo muy grave...

—Se lo merecía, ¿no cree?

Valley se volvió hacia la joven.

—Habla con él, es lo mejor —aconsejó.

—Sí, claro —concordó Eunice.

Valley se puso el impermeable y cogió el sombrero. La puerta se abrió en aquel instante y un hombre, cubierto también con un chorreante impermeable, apareció en el umbral.

El recién llegado se detuvo, sorprendido al ver a Eunice en compañía de un desconocido. Ella adelantó un paso.

—Symon, permíteme que te presente al señor Valley —dijo—. Es

el caballero que me trajo a Varnton, cuando se estropeó mi coche. Victor, Symon Haggarth —presentó Eunice.

Los dos hombres se estrecharon la mano.

—Ella me habló del gran favor que le hizo usted —sonrió Haggarth—. Ahora me siento muy contento al poderle dar las gracias personalmente, señor Valley.

—No tuvo importancia. Al contrario, fue un placer.

«Algo totalmente cierto», pensó el joven, mientras observaba disimuladamente a Haggarth, un hombre de buena planta, fornido y más joven de lo que había supuesto, sobre todo, si pensaba que había sido el segundo esposo de la madre de Eunice.

Pero el rostro de Haggarth le pareció vagamente conocido, aunque no creía haberlo visto antes en otro lugar. Quizá era una sensación subjetiva, sin base alguna, se dijo.

—Tengo que marcharme —manifestó—. He tenido mucho gusto en conocerle, señor Haggarth.

—El gusto y el placer son míos, señor Valley —contestó el otro cortésmente.

Valley se volvió hacia la joven.

—Recuerda lo que te dije, Eunice.

—Lo tendré presente, no te preocupes.

Valley estrechó su mano y salió fuera de la casa. La lluvia volvió a mojar de nuevo su impermeable.

*

—¿Resultó interesante la entrevista? —preguntó Gladys aquella misma noche, mientras se reunían para cenar juntos nuevamente.

—No puedo quejarme. Sin embargo, dudo mucho de que consigan corregir a ese pequeño diablo que es Ritchie

Gladys mostró de repente ciertos signos de preocupación.

—¿Qué le sucede? —inquirió él—. ¿He dicho algo inconveniente?

—No, en absoluto. Ha mencionado a Ritchie, ese pequeño diablo... Es el calificativo que más le cuadra... por su estatura, claro, aunque a veces creo que tiene tres o cuatro veces más años de los que cuenta en realidad...

—Vamos, Gladys —rió Valley—, Ritchie sólo tiene diez años. O doce, pero no más. Es un chico muy precoz, eso hay que admitirlo, y pésimamente educado, pero no un hombre maduro, como parece insinuar.

—Sí, demasiado precoz —repuso ella con un profundo suspiro—. Lo dije sólo como una especie de comparación... Pero Ritchie es de la clase de chicos que resultan unos genios cuando llegan a mayores. Un genio del bien o del mal, eso sólo Dios sabe lo que será dentro de diez

o veinte años.

—Cambiará, se lo aseguro.

—Ojalá fuese cierto. Pero a veces me da miedo, créame.

—¿De veras?

—Hay quien dice que posee poderes sobrenaturales. Deseó la muerte de la pobre Jessica...

—Era muy anciana. Yo también habría acertado —dijo Valley.

—Sí, lo sé, pero, a pesar de todo... Me sentí muy impresionada cuando supe la noticia...

Valley puso vino en la copa de la muchacha.

—Será mejor que dejemos de preocuparnos de ese pequeño monstruo —propuso jovialmente—. A propósito, ¿qué me cuenta usted de Haggarth?

—Un tipo muy extraño y poco amigo de comunicarse con las gentes del pueblo. Casi constantemente se pasa el día paseando por el campo... Dice que es escritor y que trabaja por la noche... Supongo que tendrán bienes de forma que les permitan vivir sin necesidad de un empleo fijo.

—Acaso publica sus novelas con seudónimo —apuntó él—. Muchos escritores lo hacen así y algunos procuran ocultar su verdadera identidad a toda costa.

—Eso es muy cierto —convino Gladys—, Bien, ¿qué tiene que hacer usted esta noche?

—Nada. ¿Por qué lo dice?

—Le invito a presenciar el espectáculo del Jolly Theatre. Le gustará. Mujeres bellas y un prestidigitador realmente fantástico.

—Rechazo las mujeres bellas. ¿Para qué las quiero, teniéndola a usted a mi lado? En cambio, no tengo al lado a un prestidigitador de fama...

Gladys se sonrojó, pero no pudo evitar una alegre carcajada.

—Le doy las gracias por su gentileza —contestó—. La función empieza dentro de treinta minutos. Vamos a terminar la cena o llegaremos tarde, Victor.

*

Fue una velada muy agradable. El artista, Robur *Manos de Oro*, hizo verdaderas maravillas con las cartas y luego realizó algunos trucos que dejaron al público boquiabierto.

Cuando la función estaba a punto de terminar, Gladys dijo que iba a ver si conseguía hacer una entrevista al prestidigitador.

—La aguardaré fuera del camerino, para acompañarla luego a su casa —manifestó Valley.

—No será necesario...

En aquel instante, alguien se acercó a la joven e, inclinándose hacia ella, le dijo algo al oído. Valley supuso que debía de ser algún empleado del periódico y que le estaba comunicando alguna noticia de importancia.

Ella se puso rígida instantáneamente.

—¿Es cierto eso, Mike?

—La policía ya está allí. He enviado a Johnny, el cámara, para que tome algunas vistas del suceso…

Gladys se levantó.

—Victor ha sucedido algo horrible —exclamó—. ¡Ellis Perry ha sido asesinado!

Valley se quedó con la boca abierta. Pero como vio que Gladys corría hacia la salida, se lanzó en su persecución y logró alcanzarla en el momento en que accionaba el contacto de su coche.

—Voy con usted -—dijo.

Ella accedió en silencio. El automóvil se puso en marcha sin más dilación.

Gladys conducía con seguridad. Conocía el camino, era indudable, ya que su colaborador le había informado del lugar donde había aparecido el cadáver de Ellis. Ninguno de los dos, sin embargo, estaba preparado para contemplar algo verdaderamente espantoso.

Había un coche de policía vigilando el acceso y sus ocupantes rogaron a Gladys que no se acercara, pero ella insistió y la dejaron pasar. Momentos después, se detenían a cierta distancia de la casa de Perry, en un lugar donde el terreno hacía un cierto declive, debido al desagüe de una gran alcantarilla que vertía sus aguas en el río cercano.

El ambiente hedía, pero ninguno de los dos lo percibió, ambos morbosamente fascinados y horrorizados a la vez por el espeluznante espectáculo que ofrecía el cadáver de Perry.

Había un árbol en el borde del terraplén y Perry colgaba por un pie de una de sus ramas. Estaba completamente desnudo, de modo que la otra pierna hacía ángulo recto con la que servía de sustentación.

Los brazos pendían hacia abajo. En el cuello se advertía una horrible herida, abierta con un cuchillo muy afilado, por la cual se había vaciado toda la sangre del cuerpo del desgraciado. El suelo húmedo y la lluvia, sin embargo, habían borrado todo rastro del líquido vital.

Gladys se mareó y un policía tuvo que socorrerla. Valley, por su parte, estuvo a punto de vomitar, aunque logró rehacerse y mantener un mínimo de serenidad.

En aquel momento, sin poder evitarlo, recordó las siniestras profecías emitidas por aquel infernal chiquillo. «Morirás como un

cerdo... Acabarás en un albañal...»

Los focos policiales iluminaban crudamente la macabra escena. Perry había acabado degollado como un cerdo, a cuatro pasos de un albañal.

¿Qué terribles poderes albergaba la mente de Ritchie Kelsey?

CAPITULO VI

El barómetro había subido y la lluvia había dejado de caer, aunque todavía quedaban nubes en el cielo que velaban al sol. El ambiente, sin embargo, continuaba siendo sofocante, agobiador. A Valley le pareció que, a pesar de aquel intervalo en la lluvia, en cualquier momento se desencadenaría un diluvio que podía hacer buenos los pesimistas augurios que había formulado sobre el estado de la presa.

Gladys estaba en su despacho, arreglada y compuesta, pero con algo de color artificial en los labios y mejillas.

—Todavía no se ha recuperado —dijo él, después de los primeros saludos a la mañana siguiente.

—He pasado la noche sin dormir —confesó la joven, mientras llenaba dos pocillos con el contenido de la cafetera que tenía a mano—, A última hora, me entraron tentaciones de tomar un sedante, pero nunca lo necesito, no lo tenía a mano...

—Un buen baño, en agua tibia, habría ayudado mucho a tranquilizar sus nervios.

—Sí, pero no lo hice..., Victor, creo que jamás olvidaré aquella horripilante escena... Nunca pude imaginarme ver así al pobre Ellis... Tenía el vicio de la bebida, es cierto, y a veces resultaba un poco pendenciero, pero jamás causó daños de gravedad a nadie, excepto algún mordaz comentario, sin mucha importancia, por otra parte. ¿Cómo pudieron ensañarse con él de semejante manera?

Valley hizo un gesto de pesar.

—No lo sé, no se me ocurre nada, excepto la siniestra profecía de ese diminuto émulo de Satanás que es Ritchie Kelsey. Ya le conté anoche lo que pasó cuando yo estaba hablando con Perry.

—Sí —repuso ella—. Ritchie ha vaticinado ya dos muertos y las dos se han realizado... ¿Acaso es capaz de ver el futuro de las personas?

—¿Y si fuera así?

Gladys sintió un escalofrío.

—Que Dios me perdone por lo que estoy pensando... Es un grave pecado desear mal alguno a nadie..., pero, no sé, quizá en Varnton estaríamos mejor sin ese monstruo que apenas tiene doce años...

—El chico es un grave problema, en efecto, pero yo creo que hay otro de mucha mayor gravedad todavía —dijo Valley.

—¿Cuál, por favor?

—La muerte de Perry. No me refiero al hecho en sí, sino a los motivos.

—¿Los motivos? —repitió ella.

—Sí. ¿Por qué lo han asesinado? ¿Quién podía quererle tan mal como para matarle de una forma tan horrible? Salvo la herida del cuello, no se advierten en su cuerpo señales de otras lesiones, pero es evidente que antes de matarlo, le desnudaron y luego lo colgaron de un árbol. No se emplearía mucho tiempo, sin duda alguna, pero para el pobre Ellis debieron ser unos minutos de infinito terror, una tortura que no se puede describir con palabras.

Gladys había vuelto a ponerse pálida.

—Creo que tiene razón —murmuró—. Tuvo que ser horrible.

—La acción debió de durar muy poco tiempo, aunque a Ellis le pareció sin duda una eternidad. Si alguien quería matarle, ¿por qué no le pegó una cuchillada sin más? Pero, repito, en cierto modo, eso no es secundario. Lo importante es saber por qué lo mataron, independientemente de la forma en que se hizo.

—No lo sé, nadie comprende por qué lo asesinaron.

—Eso es lo que usted debería tratar de averiguar, y, desde luego, sin hacer demasiado caso de los comentarios sobre Ritchie y sus pretendidos poderes visionarios. Ha anunciado la muerte de dos personas y acertó, pero pienso que fue obra más de la casualidad que de una auténtica facultad de clarividencia.

—Le prometo que investigaré en ese sentido...

Gladys se interrumpió de repente. Un hombre acababa de acercarse a la mesa y la miraba con cierta indecisión, como si quisiera hablar con ella y no se atreviese a hacerlo.

La joven levantó la cabeza.

—Ah, hola, Benny —sonrió—. ¿Quería decirme algo?

—En efecto, señorita —contestó el hombre—. Pero la veo acompañada...

Valley inició la acción de levantarse.

—Les dejaré solos —manifestó.

Gladys hizo un ademán.

—No, por favor, no se vaya. El agente Benny Martin es un buen amigo y, sin duda, va decirme algo que luego aparecerá publicado en el Tribune. ¿No es así, Benny?

—Sí, señorita...

—Perdone, les presentaré primero —dijo ella—. Benny Martin, Victor Valley, un buen... amigo —repitió.

Los dos hombres se saludaron cortésmente. Gladys sonrió.

—Y ahora, Benny, tome asiento y pida lo que le apetezca —invitó.

—Gracias, pero ya he almorzado. Si le parece, tomaré una taza de café.

—Por supuesto.

Gladys llamó a la camarera y le transmitió el pedido del guardia. Mientras le traían el café, Martín dijo:

—Lo que tengo que decirle es algo referente a la viuda Esmond, señorita Gladys.

*

La muchacha se atiesó instantáneamente en su s ::2 —Continúe, Benny —pidió.

—Bien, usted ya sabe que la pobre señora Esmond murió de un ataque cardíaco, dos días después de aquel incidente con ese malvado muchacho de Kelsey. Yo fui el que la encontró muerta en su cama, porque había ido a hablar con la familia del chico y quería informarle de lo que había sobre el particular, pero ya no pude decírselo. Sentí mucho su muerte, porque la señora Esmond se portó siempre bien conmigo, aunque era un poco cascarrabias.

—Cosas de la edad, Benny —sonrió Gladys—. Sí, yo la conocía también y, a veces, soltaba un poco su mal genio. Pero Jessica no murió porque lo deseara Ritchie.

Martin se acarició la mandíbula. Vino la camarera con el café e hizo una pausa antes de continuar:

—Bueno, yo tampoco creo en los efectos de las maldiciones del crío, pero es que ha ocurrido algo muy extraño. Quizá la muerte de la viuda Esmond no haya sido tan natural como creemos.

—¿En qué se basa para decir una cosa semejante? —preguntó Gladys.

—Verá, la señora Esmond no tenía familia aquí, en Varnton. Vivía sola, de una pequeña renta, y ella misma se hacía las faenas de la casa, excepto las más fatigosas, ya que un par de veces por semana venía una mujer a ayudarla. Bueno, cuando murió, el jefe Cheakell avisó a su familia, que vive en Santa Mónica. Vinieron sus sobrinos, los señores MacAllister. La mujer es hija de una hermana de Jessica, ya difunta, y solía visitarla un par de veces por año. Siendo sus únicos parientes, son también sus herederos...

Los ojos de Gladys chispearon.

—Apostaría a que va a decirme que la señora MacAllister encontró algo en falta —dijo.

—Exactamente, señorita. La sobrina de Jessica declaró que faltaba un medallón, que su tía le había prometido que sería suyo después de su muerte. El jefe Cheakell ha investigado discretamente a la mujer de la limpieza, pero está fuera de toda duda. Ella no ha sido la ladrona.

—¿Valía mucho el medallón, Benny?

—Era de oro, con esmaltes y adornado con diamantes. Las iniciales de Jessica estaban en el centro, en rubíes y esmeraldas y, además, tenía un rubí pendiente de unos cuarenta quilates. La señora MacAllister dice que la joya, tasándola por lo bajo, valía cincuenta

mil dólares.

Gladys dio un pequeño respingo y se volvió hacia el joven.

—¿Qué opina usted, Victor?

Valley hizo un gesto con la mano.

—Posible asesinato, pero dejemos que el señor Martin continúe hablando —contestó.

—Gracias, señor —dijo el policía—. Bien, mi jefe sostiene que la muerte de Jessica pudo deberse muy bien al deseo de conseguir la joya.

—No aparecieron señales de violencia en el cadáver —alegó Gladys.

—El jefe Cheakell es muy instruido y ha hecho varios cursos sobre criminología, psicología y toxicología. Después de conocer la noticia del robo del medallón, ha solicitado del juez una orden para exhumar el cuerpo de la pobre Jessica, para ver si encuentra en sus uñas hilachas de tejido de las sábanas… o de la almohada con que, probablemente, la sofocó el asesino hasta producirle la muerte.

Gladys se quedó pasmada al oír la noticia.

—Victor, ¿es posible…?

Valley asintió.

—Sí —repuso, escueto.

—Nada más, eso es todo, señorita —dijo Martin—, Vine a informarle, porque sé que le interesaría para el periódico. Si sé algo más y no me ordenan callar, se lo diré en seguida.

—No sabe cuánto se lo agradezco, Benny. Espero poder devolverle el favor algún día.

El guardia se levantó.

—No ha tenido importancia, señorita Gladys. Señor Valley… —se despidió.

Los dos jóvenes quedaron solos. Gladys fijó la vista en su acompañante.

—Victor, ¿qué opina usted?

—Alguien conocía la existencia de la joya y decidió apoderarse de ella. Si Jessica no la guardaba bajo llave…

—Yo recuerdo habérsela visto puesta alguna vez, pero me pareció que las piedras eran de imitación. ¡Cielos, llevaba encima cincuenta mil dólares y no parecía darle importancia!

—Así no llamaba la atención, pero sí había alguien que conocía el verdadero valor del medallón. —Valley sonrió—. Y esto viene a disipar cualquier especulación sobre las pretendidas facultades de profecía de Ritchie —añadió.

—Desde luego, pero el misterio sobre las causas de la muerte de Perry sigue en pie.

Valley se rascó la mejilla con aire perplejo.

—Perry dijo algo... Io recuerdo muy bien, pero me parece altamente improbable...

—¿A qué se refiere usted, Victor?

—Sin duda, recuerda la fuga de Buzz Monahan.

—En cierto. Según se cree, viene hacia aquí, para buscar el dinero robado y que escondió su compinche Coxton.

—Exacto. Bien, en su última conversación conmigo, Perry dijo que la familia que vive en Cedar House está aquí, precisamente, por el mismo motivo.

Gladys se sorprendió al oír aquellas palabras.

—¿Usted cree? —dijo.

Valley se encogió de hombros.

—No los conozco a fondo —respondió—. Usted vive en Varnton y puede saber mejor que yo la clase de personas que son, dejando de lado, por supuesto, a Ritchie.

—La verdad es que yo tampoco los conozco demasiado. En realidad, llevan sólo tres meses en Cedar House, quizá una o dos semanas más..., pero no se comunican demasiado con la gente de la ciudad. Realmente, es muy poco lo que se sabe de Haggarth y de sus hijastros.

—Si quiere conocer más detalles, tendrá que averiguarlo por sí misma —dijo Valley, a la vez que miraba hacia el exterior—. El tiempo parece que tiende a mejorar y yo tengo que hacer otra clase de investigaciones.

—Victor, me gustaría equivocarme, pero presiento que va a ocurrir una horrible catástrofe —dijo Gladys.

—Podría evitarse sin dificultad. Insista usted en su periódico —aconsejó él.

—Mañana volveré a publicar otro editorial sobre el tema —prometió la muchacha.

CAPITULO VII

Gladys le había prestado su jeep y al día siguiente subió hasta el mismo lugar donde habían tenido el encuentro con Foran. Valley se apeó del vehículo y caminó hasta el mismo borde del lago.

La presa se hallaba a unos quinientos metros más abajo. Frente a él, se alzaba aquel impresionante paredón rocoso, casi vertical en la parte más baja y luego de pendiente menos acusada, pero, de todas formas, muy acentuada todavía. El accidente que había visto allí el primer día, continuaba, oscuro, amenazador, gravitando con su inmensa mole de millares de toneladas, como una espada de Damocles que podía desprenderse un día y provocar una espantosa catástrofe.

Había llevado consigo unos potentes gemelos y examinó minuciosamente la orilla opuesta. Entonces hizo un descubrimiento que le hizo sentirse todavía más pesimista.

Había menos roca de Ia que parecía en las laderas del borde opuesto del embalse. La roca gigantesca se apoyaba en un terreno de consistencia más bien dudosa. A menos que su grosor fuese suficiente para adentrarse en el talud y tener así una sólida base de apoyo, los riesgos de desprendimiento se hacían aún mayores.

Se preguntó qué sucedería si aquella colosal roca cayera de golpe sobre las aguas del lago. Y no caería sola, sino que arrastraría con ella muchas otras aunque fuesen de menor tamaño, sin contar con las toneladas de tierra que también caerían de las alturas. El primer impacto, sin embargo, sería demoledor.

Bajó los prismáticos. Había una solución para aquel problema, pero no era él quien podía tomarla. Se lo diría a Gladys y ella haría lo procedente.

Al cabo de unos momentos, recorrió el panorama con los prismáticos. Trató de calcular la posible trayectoria de una avenida gigante. Había unos sesenta millones de metros cúbicos en el embalse. Si la presa se rompía, aquella masa líquida caería bruscamente sobre el valle y Varnton resultaría barrida inexorablemente.

Alguien tenía que poner sobre aviso a las autoridades, se dijo. Por fortuna, el tiempo mejoraba, pero no quería ni pensar en lo que podía suceder si venía una época de lluvias continuas. Habían pasado varios años y la base de sustentación de la roca tenía que estar forzosamente muy debilitada.

Luego encaró los binoculares hacia el valle. De pronto, vio allá abajo unas figuritas que le parecieron familiares.

La distancia era grande, pero el pelo rubio de Eunice y la silueta más pequeña de su hermano le permitieron identificarlos sin lugar a

dudas. Se preguntó qué hacían allí, a unos mil quinientos metros de la base de la presa.

El desfiladero, casi recto hasta aquel lugar, torcía en ángulo muy pronunciado, en donde el río trazaba una fuerte curva. Luego, el desfiladero volvía a su trazado anterior, con otra curva en sentido inverso y, desde aquí, ya todo era recto y seguido hasta la ciudad y el valle.

Eunice y Ritchie se hallaban en la ladera que daba a la presa. Quizá buscaban frutas silvestres o, simplemente, habían salido de paseo. De todos modos, era hora ya de volver a informar a Gladys de lo que había podido apreciar.

La joven no se hallaba en su despacho. Valley decidió que la encontraría más tarde, a la hora de cenar. Fue al hotel, se aseó un poco y se cambió de ropa. Entonces, pensó que no estaría de más hacer una visita a Eunice.

Tantearía el terreno acerca de las últimas declaraciones de Perry. Además, procuraría averiguar por qué Haggarth le había parecido vagamente conocido. Y, por supuesto, el tema de Ritchie volvería a ser tratado nuevamente.

*

Cuando llegó a la puerta de Cedar House, se dispuso a llamar, pero entonces oyó en el interior y se dio cuenta de que la puerta estaba mal cerrada. Dos hombres estaban conversando y no parecían que el diálogo se desarrollase en términos realmente amistosos.

Uno de ellos, sin duda, era Haggarth. Valley decidió ser discreto y aguardó en el umbral.

—No te importa lo que hago aquí, Robur —dijo Haggarth súbitamente, con un tono que evidenciaba su mal humor—. Eso es cuenta mía y lo tuyo es actuar en el teatro, como estás haciendo ahora.

—Escúchame, Symon, no trates de engañarme —contestó el otro individuo—. Tú y yo nos conocemos demasiado bien y cada uno sabe de qué pie cojea el otro. Dejaste la profesión y no lo hiciste por… amor al arte, aunque la frase parezca un contrasentido. Yo sé muy bien por qué estás aquí y te diré una cosa: quiero la mitad, ¿me has entendido?

—Estaba enfermo de los nervios, lo sabes perfectamente…

El visitante lanzó una estridente carcajada.

—¡Claro que estabas enfermo! Ya no iba nadie a verte… Tuviste una época muy buena, pero te estancaste y empezaste a perder público. Esta es una profesión en la que es preciso renovarse continuamente o, de lo contrario, naufragas.

—Tú sigues haciendo lo mismo. No has variado en absoluto, Robur. ¿Y si no, por qué has venido a este pueblo de mala muerte? Tendrías que estar actuando en los grandes escenarios de Broadway, Chicago, San Francisco... y en lugar de lucirte ante los públicos que dan la fama, has tenido que rebajarte a venir aquí, a Varnton, una aldea...

—Dejemos esto, Symon —cortó el visitante—. En este asunto, el arte no tiene nada que ver. Es otra cosa la que me interesa y tú lo sabes bien.

—Te digo que estoy aquí para reponerme...

—¡A otro perro con ese hueso! Symon, te doy cuarenta y ocho horas de plazo. Pasado mañana, finalizada mi actuación en Varnton. Ese día, a las doce de la noche, te quiero en la puerta de artistas del teatro. Ya sabes el resto.

Valley presintió que el visitante iba a marcharse y corrió a esconderse en una de las esquinas de la casa. De allí, pudo ver a Robur *Manos de Oro*, que salía del interior con paso muy vivo y una expresión de rabia y cólera en sus facciones.

El artista había ido a pie y aguardó unos minutos hasta que se hubo perdido de vista. Al cabo de un rato, tras meditarlo detenidamente, decidió regresar a la ciudad sin hablar con Eunice.

La entrevista, pensó, podía realizarse otro día.

Gladys, le informaron en el periódico, había salido de la ciudad, para unos asuntos particulares y estaría ausente el resto del día y parte del siguiente. A Valley no le quedó otro recurso que armarse de paciencia y esperar el regreso de la muchacha.

Aunque también, se dijo, podía hacer algo mientras volvía Gladys.

*

Una joven secretaria tomó su tarjeta de visita a la mañana siguiente y le pidió aguardase unos minutos. Al cabo de un rato, la empleada le hizo pasar a un elegante pero severo despacho, en el que había un hombre de unos cuarenta y cinco años de edad, con una mesa atestada de papeles y un gesto de preocupación en su rostro.

—Señor Valley, lo primero que debe saber es que tengo mi tiempo muy limitado. Le ruego sea breve, por favor —dijo el sujeto.

El joven no se inmutó por aquel recibimiento tan poco acogedor.

—Usted es Clay Mallinson, ingeniero jefe de la presa de Golden River —contestó.

Mallinson asintió, con aire fatigado.

—Otro chiflado que viene a denunciarme pretendidas deficiencias en la estructura de la presa —dijo resignado—. Está bien, tomaré nota y ya le diré...

—No hace falta que tome nota. Lo que interesa es que actúe cuanto antes —exclamó Valley enérgicamente.

—¿Actuar? ¿En qué sentido?

—Usted ha leído mi tarjeta, sin duda.

—Sí, ingeniero y geólogo, pero cualquiera puede hacer imprimir esos títulos en un trozo de cartulina.

—Tengo los diplomas correspondientes, por si le sirve de interés. Y cuando afirmo algo relacionado con mi profesión, sé muy bien lo qué me digo.

—¿Le ha pagado el Tribune para que venga a verme y me suelte un cuento lacrimógeno? —preguntó Mallinson burlonamente.

Valley estudió a su interlocutor. Bajo su capa de hombre duro y decidido, estimó, había un carácter blando y acomodaticio. Haría lo que le ordenase el consejo de administración, sin pararse a pensar en las consecuencias.

—Usted es el director de la presa —dijo.

—Otra vez... —Mallinson movió una mano fatigadamente—. Está bien, suéltelo y lárguese ya, demonios.

—Tiene que abrir las compuertas y dejar el embalse en seco, excepto el agua que, lógicamente, acarrea el Golden River. Entonces, procederá a la voladura de la roca del lado oeste, que amenaza inminente riesgo de desprendimiento. La roca, entonces, caerá sobre un lecho prácticamente enjuto y así se evitará la rotura de la presa.

Mallinson se quedó con la boca abierta.

—¿Usted... quiere que yo haga eso? —exclamó—. ¿He de paralizar, quizá durante semanas enteras, la producción de energía? ¿Sabe la cantidad de dinero que eso costaría a la compañía?

—¿Sabe usted cuánto vale una ciudad de sesenta mil habitantes?

El ingeniero respingó.

—No venga ahora a amenazarme con catástrofes apocalípticas...

—Le estoy diciendo lo que puede suceder, lo que sucederá, si vuelve de nuevo el temporal de lluvias. Las pérdidas que acarreará una suspensión temporal del suministro de energía serán una futesa comparadas con las que se producirán si Varnton es arrasada por la destrucción de la presa. El embalse está ahora prácticamente lleno, con más de sesenta hectómetros cúbicos de agua. La roca pesa varios millares de toneladas. Su caída, de golpe, provocaría una ola monstruosa, con una potencia que no se puede medir con cifras ordinarias..., pero que casi tendría la energía de una bomba atómica. La oía de choque golpearía las paredes de la presa y la reventaría como si fuese el globo de un chiquillo. ¿No es capaz de figurarse el resto, señor Mallinson?

—Escuche, entrometido; he visto esa roca decenas de veces y es tan sólida como el Himalaya —-gritó el sujeto descompuestamente.

—Haga lo que quiera, ya está advertido…

—Yo no puedo vaciar el embalse, sin permiso del consejo de administración, entiéndalo bien.

—Entonces, ¡por todos los diablos!, convóquelo. Exponga la situación, hágales ver los riesgos… porque no será solamente dinero lo que tendrán que dar si se produce la catástrofe, sino también sus vidas, ya que les exigirán responsabilidades criminales y los encarcelarán para un montón de años.

—No creo… Yo, sin permiso… no puedo…

Valley le apuntó con el dedo índice.

—Señor Mallinson, ¿sabe usted cuáles son las facultades de un capitán de barco?

El ingeniero se quedó parado. Valley continuó:

—El armador ordena al capitán de su buque que lo lleve a tal o cual, puerto, pero no le dice cómo ha de hacerlo, ni se entromete en el gobierno de la nave. El capitán cumple esas órdenes, desde luego, pero si ve que hay riesgo para el barco, la carga o la tripulación, sigue otra ruta e, incluso, puede virar de bordo y regresar al puerto de partida; y el armador acepta las decisiones de su capitán, porque sabe que las toma para el mejor beneficio de la compañía y del buque. ¿Entiende la comparación?

Los labios de Mallinson se contrajeron un instante. De pronto, tocó un timbre.

—Está claro que no quiere marcharse por las buenas —dijo ceñudamente—. Ahora le harán salir de aquí, señor entrometido.

La puerta se abrió bruscamente. Un hombre apareció en el umbral.

—¿Llamaba, señor Mallinson? —preguntó Neil Foran.

El ingeniero señaló a Valley con la mano.

—Échelo —dijo escuetamente.

Foran sonrió con expresión perversa.

—Con mucho gusto —dijo.

Y cerró los puños, a la vez que avanzaba hacia el joven.

Valley se dio cuenta de que el jefe de seguridad estaba dispuesto a golpearle, para desquitarse de la humillación sufrida días antes, pero él, a su vez, no tenía la menor intención de dejarse marcar el rostro por unos nudillos que parecían de piedra viva. De un salto, se apoderó de una regla que había en la mesa y golpeó la mano de Foran cuando ya avanzaba hacia su objetivo.

El hombre lanzó un aullido y se chupó los nudillos, duramente lastimados. Sin soltar la regla, Valley se deslizó hacia la puerta.

—Ya he dicho cuanto tenía que decir —manifestó como despedida —. Pero si no hace lo que le he dicho y logra sobrevivir, le aseguro que nunca más podrá dormir por las noches el resto de sus días.

*

—No quiere, no puede o no se atreve —dijo Valley a la noche siguiente, cuando cenaba en compañía de Gladys. La joven asintió.

—Conozco un poco a Mallinson y sé que es de esa clase de hombres aparentemente enérgicos, pero acomodaticios y maleables con sus superiores. Es indudable que ha alcanzado una excelente posición, para lo que, sin duda, ha tenido que luchar mucho. Sin embargo, ahora tiene un lógico temor al fracaso, una especie de complejo de situación estable, que le impide tomar las decisiones apropiadas, porque teme equivocarse.

—Ojalá me equivocase yo —dijo Valley con acento pesimista—. Nada me alegraría más que haber hecho un pronóstico erróneo, pero, francamente, si yo me encontrase al frente de la presa, ya estaría abriendo las compuertas.

—No se puede hacer sin permiso de Mallinson, supongo.

—No podemos contratar un comando de «Boinas verdes» —sonrió el joven.

—Sí, es algo que tiene que hacer él... aunque, de todas formas, yo tampoco me atrevo a publicar la noticia de una forma demasiado cruda.

—Comprendo. No es bueno alarmar a la gente sin un motivo concreto, ¿verdad?

—Trataré de hacer lo que pueda, Victor. Compréndalo usted; si yo me equivocase, basándome en sus informes, la empresa podría demandarme y nos arruinaríamos.

—¿Por qué no habla con las autoridades y les expone la situación? Que sean ellos los que tomen una decisión. Pueden obligar a Mallinson a que vacíe el embalse... a fin de cuentas, son los responsables de la ciudad, Gladys.

—Lo haré cuando se reúna el municipio. Suelo asistir casi siempre y en esta ocasión, procuraré que me oigan. Pero eso no será hasta dentro de tres días, Victor.

—El tiempo parece que ha mejorado y las perspectivas ya no san tan graves. Mientras tanto, ¿qué le parece si volvemos a ver la actuación de Robur Manos de Oro?

—¿Otra vez? —se sorprendió ella.

Valley hizo un gesto afirmativo.

—Otra vez —insistió—. Y tengo motivos para ello.

—¿Sí? A ver, dígame.

—Robur y Haggarth se conocen desde hace tiempo. Creo que, en el fondo, Perry tenía razón. Haggarth vino aquí para buscar el botín de Coxton.

—¿Está seguro de ello?

—Oí a Robur pedirle la mitad, Gladys.

—Me siento atónita… ¡Eran seiscientos mil dólares, Victor!

—Lo sé —respondió él—. Y esta noche, precisamente, Haggarth dará su contestación a la solicitud de Robur *Manos de Oro*.

—Es decir, le dará trescientos mil dólares…

—Cuando menos, volverán a hablar del asunto, pero después de la función. Por eso quiero ver de nuevo a Robur. —Iremos los dos juntos, Victor —decidió la muchacha.

CAPITULO VIII

La primera parte se realizó con el éxito acostumbrado: las chicas del coro, la cantante folk, los dos bailarines y contorsionista, el hombre de los chistes... y luego, en la segunda parte, la actuación de Robur.

El artista hizo unos cuantos juegos de manos con cartas y otros objetos. Después de varios números, de relativo interés, anunció que iba a realizar el que más expectación producía siempre.

El número consistía en meter cinco billetes de mil dólares en un caldero rebosante de petróleo ardiendo. Robur se desnudaba por completo de la cintura para arriba, a fin de que el público viera que no guardaba otros cinco billetes en las mangas o en algún bolsillo secreto.

Los espectadores comprobaban que los billetes eran auténticos y no papeles impresos de guardarropía. Entonces, Robur los colocaba en el fondo del caldero y una ayudante suya, escasamente vestida, vertía en el recipiente el contenido de una lata de diez litros.

Robur realizó las operaciones preliminares de costumbre. A una indicación suya, la ayudante llenó el caldero y luego el artista, tras hacer diversas manipulaciones con los billetes, pero sin esconderlos en ningún momento, los metió en el fondo del recipiente, mojándose los brazos casi hasta el codo.

La chica le secó luego el petróleo, limpiándoselo con todo cuidado. Después, le entregó una antorcha encendida, con la que Robur hizo unos cuantos malabarismos, para arrojarla finalmente sobre el combustible del caldero.

El petróleo se encendió instantáneamente. El público contenía la respiración. Siempre veía a Robur meter los brazos en aquel pequeño infierno y sacarlos sin el menor daño, con los billetes intactos. Simulando temor, el artista, haciendo pases continuamente, como si quisiera alejar de sí el calor que se desprendía de las llamas, se acercó al recipiente.

Lentamente, muy despacio, inclinó el torso. Y, en el mismo instante, la mesa se volcó y el caldero se venció hacia Robur, derramándose todo el petróleo ardiendo sobre la parte inferior de su cuerpo y de sus piernas.

Un grito de horror brotó de cientos de gargantas al mismo tiempo. El artista quedó inmediatamente envuelto en llamas, de los pies a la cabeza.

Su cabello, deliberadamente largo, ardió con vivísima llamarada en un segundo. Valley, sin poder contenerse, se agarró con ambas manos a los brazos de la butaca, a la vez que se incorporaba un tanto,

con los ojos fuera de las órbitas.

El cuerpo de Robur era una pura llama y ardía de una forma especial, con fuego azulado, que daba pánico sólo de verlo. La ayudante, aterrada, chillaba a más y mejor, sin saber qué hacer.

Alguien gritó pidiendo a los bomberos. Un par de empleados del teatro, más resueltos, acudieron con sendos extintores. El fuego, por otra parte, amenazaba con propagarse a todo el escenario. Horribles alaridos brotaban de la garganta de Robur, quien iba de un lado a otro del escenario, convertido en una antorcha humana que nada ni nadie parecía poder apagar.

La escena duró menos de un minuto. Robur se desplomó al suelo y quedó inmóvil, abrasándose vivo, pero sin dar señales de saber ya lo que le sucedía. Su torso desnudo había tomado un horripilante color oscuro.

Más extintores se pusieron en funcionamiento y apagaron al fin las llamas que amenazaban con destruir el teatro. Algunos espectadores, aterrados, habían escapado a la carrera, pero, por fortuna, se impuso el buen sentido y no hubo un pánico general que sí habría podido originar una catástrofe.

Un par de médicos acudieron prestamente, pero ya no se podía hacer nada por el desdichado. Robur había muerto.

Gladys se mareó y estuvo a punto de desmayarse. De pronto, Valley, obedeciendo a una súbita inspiración, se puso en pie.

—No te muevas —ordenó—. Volveré en seguida.

El joven echó a correr y, abriéndose paso a viva fuerza, consiguió ganar la salida, para dirigirse inmediatamente a la puerta de artistas. Muy pronto se dio cuenta de que había realizado un esfuerzo inútil.

—Era una tontería —murmuró—. Haggarth no podía estar aquí.

Permaneció unos momentos inmóvil, contemplando el movimiento de gente que se producía en la puerta. Algo golpeó de pronto su frente con leve chasquido y sintió la humedad de la gota de agua que acababa de caer de las alturas.

Cayeron más gotas de agua. Lentamente, emprendió el regreso al teatro. En el escenario había una considerable agitación. La sala estaba casi vacía, pero Gladys continuaba en su butaca.

Ella le miró inquisitivamente. Valley hizo un gesto negativo.

—No estaba —dijo.

—Me pregunto cómo habrá podido volcarse la mesa —murmuró ella—. Era la que usaba siempre y daba la impresión de ser lo suficientemente sólida como para aguantar el peso del caldero y del petróleo.

—Habría que investigar mucho y saber si Haggarth ha estado en el teatro durante el día. Las patas de la mesa, seguramente, estaban aserradas y fallaron en el momento preciso.

—Muy a tiempo, ¿no te parece?
—Tuvo que calcularlo al segundo, pero ¿cómo"?
—Victor, importa menos el «cómo» que el «porqué» —dijo Gladys.
—El porqué es fácil de adivinar: trescientos mil dólares.
—No quería repartirlos con Robur.
—Es lo que parece más lógico, ¿no crees?
Gladys se mostraba dubitativa.
—El dinero sí tiene un papel relevante en este caso, pero yo creo que hay algo más importante todavía —declaró.
—¿De veras?
—Sí. Robur conocía a Haggarth. Este, quizá, temió ser descubierto y por eso preparó la mesa, para que se volcase en el momento apropiado. De este modo, Robur moría y a él no podían acusarle de asesinato.
—Si se probase que estuvo en el teatro durante el día...
—No se probaría nada tampoco. Puede decir, si se le aprieta, que vino a ver a un antiguo conocido. Tú les oíste hablar y discutir, pero ¿cómo demostrarías que se efectuó esa conversación?
Valley asintió.
—Es cierto —admitió—. No tenemos pruebas... y Haggarth escapará a la ley.
—Pero no se irá tan pronto de Varnton, Victor. A menos que tenga ya el dinero... y si eso fuese cierto, ya no estaría en Cedar House.
—No ha encontrado el botín —dijo el joven, con los ojos entornados—. ¿Dónde pudo esconderlo Coxton?
—Hay una persona que lo sabe —manifestó ella.
—Buzz Monahan.
—Exactamente. Y viene hacia aquí.
—El jefe Cheakell, supongo, estará advertido de lo que sucede.
—Está prevenido y ha desplegado patrullas para evitar que Monahan entre en la ciudad.
—No hay muchos policías en Varnton —dijo Valley—, Mi opinión es que, a menos que se produzca un golpe de suerte, Monahan conseguirá llegar al escondite del dinero y desaparecer antes de que lo atrapen.
Gladys sonrió.
—Para Haggarth sería un duro golpe, ¿no crees?
—Se lo tendría bien merecido. ¿Sabes, Gladys?, mañana iré a Cedar House y hablaré con Eunice Kelsey. Voy a tratar de sonsacarla. ¿Qué te parece la idea?
—Merece la pena probarlo, en efecto —convino la muchacha.
Cuando salían del teatro, estaba lloviendo de nuevo.
Valley frunció el ceño.
—Si Mallinson no hace nada...

Gladys se estremeció.

—¿Por qué me has recordado la presa? —le reprochó—. Creo que no voy a poder pegar ojo en toda la noche.

*

La lluvia había cesado en la ciudad, pero en las montañas, calculó Valley debían de caer verdaderos diluvios. Cedar House estaba envuelta en las gasas de una tenue neblina que conferían a la casa un aspecto fantasmagórico, irreal, como si estuviese situado en otro lugar infinitamente alejado de Varnton.

Una menuda figura surgió bruscamente del otro lado de un grueso olmo. Ritchie, con su impermeable amarillo, se detuvo ante el joven y la miró fijamente.

—Hola —saludó—, ¿Vas a mi casa?

—Quiero hablar con tu hermana —sonrió Valley.

—Estará en la cama todavía. No le gusta madrugar.

Valley consultó su reloj.

—Son más de las diez de la mañana —dijo.

—Para ella, madrugar es levantarse antes de la una. Pero, en fin, puede hablar con Eunice en su dormitorio.

—Prefiero esperar abajo. ¿Por qué no vas tú y le dices que quiero verla?

El chico pareció dudar. Luego, de pronto, tendió la mano.

—¡Cinco pavos! —exigió.

Valley respingó.

—Muchacho...

—Cinco dólares o no la llamo.

—Ritchie, ¿no te han dado alguna vez una buena paliza?

El chico le sacó la lengua.

—Usted no se atrevería a tocarme —contestó burlonamente.

—Yo me refería a Eunice o a tu padrastro...

—Haggarth no es ni siquiera mi padrastro. Yo era hermano del difunto esposo de Eunice, recuérdelo.

—Bueno, pero, al fin y al cabo, vives en su casa...

—Me consumo en esa casa —dijo Ritchie—. ¿Qué, suelta los cinco pavos, o tendré que pensar que es un tío tacaño?

Valley suspiró.

—Está bien, anda, despiértala.

Un billete cambió de manos. El chico echó a correr, a la vez que gritaba:

—Cuando quiera, le enseñaré a tirar con la honda...

Valley meneó la cabeza.

—Acabará robando, asesinando... ¡Vaya un porvenir! —rezongó,

mientras reanudaba su camino.

La puerta de la casa estaba abierta y pasó al vestíbulo, en donde aguardó unos minutos, hasta que vio descender a Eunice del primer piso, vestida con una bata que le llegaba hasta los pies.

La joven bostezó aparatosamente.

—Ritchie me ha dicho que querías verme. ¿Es algo importante?

Valley meneó Ia cabeza.

—Creo que sería conveniente que volviese en otro momento —manifestó—. No se me ocurrió pensar que podías levantarte tarde...

—Aquí no tengo que hacer —repuso ella—. Pero vamos a la cocina y tomaremos un poco de café.

—Sí, es una buena idea.

Eunice echó a andar delante del joven. Cuando atravesaba la puerta de la cocina, la bata se le enganchó en alguna parte y se desprendió casi totalmente.

Ella quedó con el cuerpo al descubierto. Valley sintió un golpe de sangre al apreciar que estaba completamente desnuda.

Eunice se volvió y le miró sonriendo de un modo muy especial. Luego, lentamente, recogió la bata y volvió a ponérsela.

—Podías haber subido a mi dormitorio —dijo.

—No estás sola en la casa —alegó él.

—La puerta de mi dormitorio tiene llave.

—Eunice, yo no he venido aquí para... bueno, para eso. Ya habrá tiempo, si no te parece mal.

—En todo caso, tú te lo pierdes. Bien, ¿qué tenías que decirme?

Ella estaba vuelta de espaldas, mientras preparaba el café. De repente, Valley se encontró que no sabía qué decir.

¿Iba a mencionar la conversación de Haggarth con Robur? ¿Cómo podía mencionarlo, sin acusarse a sí mismo de una indiscreción que no quería revelar?

—E...era referente a Ritchie. El muchacho me preocupa...

—¿De veras? —dijo ella sarcásticamente—. No pases pena por él; ya sabe arreglárselas muy bien, sin ayuda ajena.

—Eso salta a la vista —se picó el joven—. Nunca he visto un chiquillo tan mal educado, tan rebelde...

Eunice se volvió de pronto.

—No me hagas reproches sobre la educación de Ritchie —contestó, con insólita aspereza—. Realmente, no tengo ninguna obligación hacia él. Era solamente el hermano de mi esposo, no «mi» hermano auténtico.

—Lo siento —se disculpó Valley, un tanto desconcertado por aquella inesperada explosión de furia—. No era mi intención enojarte...

—Está bien. ¿Tienes algo más que decirme, Victor?

Valley pensó que había hecho una visita inútil! No podía comunicar sus sospechas a Eunice. Se reiría de él. Y, a fin de cuentas, ¿qué diablos le importaban Haggarth y el dinero de unos asesinos?

¿No se mostraba demasiado receloso al pensar en la posibilidad de que Robur hubiera muerto asesinado? ¿Y si realmente se había tratado de un accidente?

Sin embargo, decidió tantear un poco la cuestión.

—Te has enterado de lo que pasó anoche en el teatro, supongo —dijo.

—Oh, sí, fue un suceso verdaderamente horrible.

—La mesa se volcó…

—Han dicho por la radio que una de las patas estaba podrida.

—Pero no me explico cómo pudo arder...

—Robur se ponía una ropa especial para hacer el truco. Era como una camiseta de amianto, pintada de color carne, incluso con las tetillas. Estaba muy bien hecha, todo hay que decirlo. Metía los brazos y acercaba el torso..., pero cuando las llamas prendieron en sus pantalones, se propagaron por el interior de esa falsa piel y le abrasaron el tórax. Por dentro, para evitar rozamientos, se untaba de grasa y ésta ardió también.

—Ahora comprendo por qué se veían llamas azules —dijo—. Sin embargo, era un truco muy bien hecho. Sacaba los billetes intactos...

Eunice se echó a reír.

—¡Tonto! Los billetes, en el fondo del petróleo, se mojaban solamente, pero el fuego ardía solamente en la superficie, ¿comprendes?

Valley se quedó con la boca abierta.

—Sin embargo, tenían que arder al sacarlos —insistió.

—No sacaba los que había metido, sino otros que tenía escondidos. Era un magnífico prestidigitador, de esos que se dice «la mano es más rápida que la vista». —Eunice suspiró—. ¡Paz a su alma! —concluyó.

CAPITULO IX

Detuvo el coche y, envuelto en el impermeable, se apeó y contempló la mole de la presa, a unos mil metros de distancia, alzándose como un impresionante paredón de cemento a casi cien metros de altura sobre el lecho del río. La lluvia caía mansamente, aunque con notable intensidad, y Valley pudo apreciar que los aliviaderos soltaban agua a fin de reducir presiones. Pero el nivel del embalse estaba muy alto y si el temporal se prolongaba, tendrían que abrir las compuertas por completo.

El río bajaba bastante crecido, aunque no había peligro para la ciudad. El peligro estaba en la resistencia de la presa. Si fallaba...

Era preferible no pensar en ello. Sesenta o más millones de toneladas de agua se precipitarían de golpe sobre el valle, formando una monstruosa ola que alcanzaría muchos metros de altura y con un empuje imposible de calcular. Nada resistiría al asalto de las aguas enfurecidas. Varnton desaparecería como si alguien pasara una goma de borrar por su nombre escrito en el mapa.

Dadas las circunstancias ambientales, era imposible apreciar posibles fallos de la estructura de la presa. El muro aparecía completamente mojado y no se podían ver las grietas y filtraciones de que había hablado Gladys, aunque también había dicho que se habían reparado o estaban en trance de reparación. Pero allí no había más que una solución, se dijo finalmente.

La roca podía resistir aquel temporal y tal vez otros más, pero, inexorablemente, ¡legaría el momento en que se desplomaría sobre el embalse. Era algo que acabaría por suceder un día u otro.

Y lo mejor era actuar, antes de que fuese demasiado tarde. Vaciar el embalse, volar la roca, para conseguir que se desplomase sobre un lecho sin más agua que la del río... Habría que instalar sismógrafos, por supuesto, para medir la intensidad de las vibraciones del suelo en el momento del desprendimiento. Sería preciso consultar los indicadores de los detectores de la presa...

Resignado, se dispuso a dar media vuelta para regresar al pueblo. Había ido en su propio coche, ya que la carretera que conducía a la central eléctrica, situada a pie de presa, se hallaba en buenas condiciones. Buscó un sitio apropiado para dar media vuelta y, de repente, se encontró cara a cara con Foran.

El sujeto tenía algo en la mano y se lo enseñó perversamente.

—Bájese —dijo—. Quiero que pueda volver a la ciudad, pero si no se apea, tiraré estos clavos a las ruedas y se las pincharé.

Valley fijó la vista en la mano del sujeto. Eran clavos de cuatro puntas, una de las cuales, al caer, siempre quedaba hacia arriba.

Había media docena en la mano cubierta por un guante de grueso cuero y supo que Foran tenía razón.

Vaciló un momento. Al fin, simuló una sonrisa.

—Acérquese —dijo—. Tengo algo que decirle confidencialmente. ..

Foran cayó en la trampa. La puerta del coche se abrió bruscamente y le golpeó en el cuerpo, haciéndole caer de espaldas.

Valley saltó del coche inmediatamente. El sujeto había perdido la iniciativa. Un puño encontró su mandíbula cuando se levantaba y volvió a caer, aturdido, pero incapaz de reaccionar.

El joven se inclinó sobre él y lo arrastró fuera del camino. Luego barrió con el pie los clavos que habían quedado esparcidos en el suelo. Antes de que Foran hubiera recobrado la capacidad de reaccionar, había arrancado ya de nuevo en dirección a la ciudad.

Un poco más adelante, se encontró con un par de policías, situados junto a su coche de patrulla, con los impermeables puestos y con una indudable cara de aburrimiento. Uno de ellos era Martin y agitó la mano al reconocer a Valley.

El joven hizo un gesto análogo. No quiso mencionar el incidente habido con Foran. No merecía la pena comentar algo que, bien mirado, no tenía importancia.

Sin embargo, no pudo evitar un sentimiento de compasión hacia los policías. Esperaban a Monahan, pero ¿conseguirían atraparlo?

*

A través de los cristales de la ventana, Haggarth contempló al hombre que parecía moverse con dificultades en las inmediaciones de su casa. La noche iba a caer pronto y el sujeto parecía bastante fatigado, además de hallarse empapado de agua de la cabeza a los pies.

Momentos después, el desconocido, que se había parado un poco, reanudaba la marcha. Haggarth adivinó sus intenciones y se asomó a la ventana.

—¡Eh, amigo! —gritó—. ¿No quiere entrar en casa? Si piensa alojarse en el granero abandonado, deseche la idea. Tiene tantas goteras, que parece que no haya techo alguno.

El desconocido se detuvo. Efectivamente, a poca distancia de Cedar House, en la ladera de la loma, se divisaba una vieja construcción casi en ruinas. El agua caía incesantemente, con sordo rumor y, pese a la época, la temperatura era más bien desapacible.

—Vamos, entre —invitó Haggarth—. Aquí podrá secarse y comer algo para reponer sus fuerzas.

El hombre se acercó a la casa. Haggarth fue a la puerta y la abrió.

—Entre, amigo —insistió con su mejor sonrisa—. Me llamo

Haggarth.

—Jim Johnson —contestó el otro—. Gracias, señor; de verdad no sé qué decirle...

Haggarth se volvió hacia el interior de la casa.

—Eunice, ¿puedes venir un momento?

La joven apareció a los pocos instantes.

—¿Sí?

—Aquí, el señor Johnson, va a pasar la noche en casa. ¿Quieres traerle algo de ropa mía, para que pueda cambiarse?

—Sí, claro, con mucho gusto...

Haggarth hizo un ademán invitador.

—Aunque no es tiempo para ello, encenderé la chimenea. Así podrá secarse mejor... por fuera. Por dentro, un par de tragos de buen whisky le dejarán como nuevo, señor Johnson.

—Es usted muy amable —dijo el sujeto.

—Bah, no tiene importancia...

Las llamas se elevaron a los pocos momentos en el hogar. Johnson extendió las manos para calentarse.

—Hace una noche de perros —declaró—. La verdad, estoy sin trabajo y buscaba un sitio para guarecerme...

—Aquí podrá pasar la noche tranquilamente, con toda comodidad. Me gustaría ofrecerle un empleo, pero soy escritor y eso no produce puestos de trabajo en esta casa. Sólo hay trabajo para uno —rió Haggarth.

Eunice vino a los pocos momentos con un paquete de ropas en las manos.

—Aquí tienes, Symon.

—Gracias, querida. Señor Johnson...

El hombre tomó las ropas. Eunice se marchó y los dejó solos a los dos.

Johnson se despojó de su chaqueta, que tiró a un lado. Abstraído en sus pensamientos, no se dio cuenta de que Haggarth se había situado a sus espaldas.

Haggarth había simulado atizar el fuego con un hierro provisto de mango de madera. El mango cayó súbitamente sobre el cráneo del huésped.

Una hora más tarde, el hombre despertó en un sótano. Estaba completamente desnudo y sus manos se hallaban atadas a una anilla que colgaba del techo.

Haggarth le arrojó un cubo de agua para terminar de despejarle. El prisionero lanzó un aullido de cólera.

—Oiga, ¿por qué me ha atado? Suélteme...

Con sonrisa falsamente apacible, Haggarth encendió un cigarrillo. Luego dijo:

—Tú no te llamas Johnson. Eres Buzz Monahan y estás buscando algo que yo también quiero encontrar. Si me dices dónde está, te perdonaré la vida y dejaré que te marches, para seguir huyendo de la policía. Pero si no quieres hablar…

El hombre tenía la boca abierta, a causa del asombro que sentía.

—¿Cómo me ha reconocido? —exclamó.

Haggarth aspiró una bocanada de humo.

—Yo fui el que planeó el asalto al furgón blindado —dijo—. Di todos los datos y los planos y también los horarios del recorrido…, pero aquel bastardo de Coxton me engañó después, como tú pretendías hacer ahora. No, amiguito, no me arriesgaré tanto para después quedarme sin nada.

La brasa del cigarrillo se apoyó súbitamente en la desnuda piel del torso de Monahan, quien lanzó un aullido de dolor.

—Hablarás, Buzz, y cuanto antes lo hagas, será mejor para ti —añadió Haggarth malignamente.

*

La mano de Valley se cerró bruscamente sobre el brazo de Gladys.

—Tienes que hacerlo hoy mismo —dijo a la mañana siguiente, situados los dos frente a la inmensa roca—. Está a punto de caer y cuando eso suceda, a Varnton le quedarán sólo unos minutos de vida… Sesenta mil personas pueden morir…

—¡Victor, no me asustes! —gritó ella.

Valley tendió la mano hacia adelante.

—¡Mira allí! —exclamó.

Gladys se sintió aterrada. Verdaderos arroyos descendían por las empinadas laderas del otro lado y fluían en torno a la roca, arrastrando enormes cantidades de tierra que luego caía al lago, ensuciándolo con el color del barro. Ella comprendió que la intensísima erosión estaba limando verdaderamente los contornos en que se sustentaba el gigantesco pedrusco.

Por debajo de la roca, incluso, se veían asimismo regueros de agua mezclada con tierra. A su lado, Valley contemplaba el espectáculo con la ayuda de sus prismáticos.

—Yo diría que la roca se ha movido un poco —manifestó al cabo de unos minutos—. Tomé el otro día unos puntos de referencia y ya no están en el mismo sitio. Gladys, si no hacemos algo, pronto, inmediatamente, mejor dicho, la catástrofe sucederá de forma irremisible.

—¿Qué podemos hacer, Victor? —gimió la muchacha.

—Tú tienes una emisora de radio y de televisión. Haz que los locutores avisen del peligro inminente. Todo el mundo debe evacuar

sus casas inmediatamente. La roca caerá antes de que acabe el día, estoy seguro de ello.

—Se podría vaciar el embalse...

—Ya es tarde.

Gladys calló, abrumada por la inminencia de la catástrofe. Valley agregó:

—Un embalse no es un vaso de agua, que se vacía en un instante. Se necesitarían días para rebajar el nivel de las aguas, ya es preciso hacerlo de modo gradual, porque, de lo contrario, se corre el riesgo de provocar una súbita elevación del nivel del río. En estos momentos, ya no hay más solución que el abandono de Varnton. Habrá pérdidas enormes, pero las vidas se salvarán.

—¿Y si luego no...? Yo recibiría innumerables demandas...

Gladys se calló súbitamente. Al otro lado, una enorme roca, de unos diez o doce metros de grosor, acababa le caer al embalse, provocando una enorme explosión de espumas, cuya onda se propagó velozmente por la superficie de las aguas, batidas por millones de gotas que caían en rumorosa catarata que no daba señales de cesar.

—Ya tienes la respuesta a tus aprensiones —dijo él—. Vamos, no podemos perder un minuto.

—Habría que avisar al personal de la presa...

—Ellos tienen observadores y sabrán lo que deben hacer —contestó Valley ceñudamente.

Por la ambición de unas pocas personas, miles de vidas estaban en peligro. Y aunque no hubiese víctimas humanas, las pérdidas materiales serían incalculables.

Cuando llegaban a la puerta del edificio de la emisora, un hombre se les acercó con paso rápido.

—Señorita Gladys, soy Tom Brughill —se presentó—, Benny Martin me dijo que usted quería hablar conmigo...

—Ahora no puedo —contestó la muchacha—. Tengo algo muy urgente que hacer... ¿Por qué no se lo dice al señor Valley? Es un amigo de toda confianza...

El joven hizo un gesto con la mano.

—Allí veo un café —dijo—. Podemos hablar mientras tomamos una taza, señor Brughill.

CAPITULO X

—Si, Coxton y yo fuimos muy amigos durante la infancia y parte de la adolescencia —declaró Brughill poco después, mientras se disponía a encender un grueso cigarro—, Pero luego nos separamos y cada uno siguió su camino.

—Bien distinto por cierto —sonrió el joven.

—Coxton nació malo y eso es algo que no se puede negar. Quizá, con unos padres menos complacientes o descuidados... Pero uno piensa siempre que el hijo descarriado se puede corregir... Supongo que pensarían eso los padres de Coxton, claro.

—A veces, el hijo resulta incorregible, señor Brughill.

—De todas formas, Coxton fue siempre amigo de lo fácil, de lo que costaba poco o ningún trabajo. Nunca permaneció más de dos o tres meses en un mismo empleo y se marchaba cuando no le echaban de mala manera...

—Usted, supongo, ya no tuvo noticias suyas hasta que se enteró del atraco al furgón blindado.

Brughill asintió.

—Así es, y también sé que escondió su botín. Es más, apostaría algo bueno a que conozco el escondite.

Valley dio un asalto en el asiento.

—¿Habla en serio?

—Señor Valley, cuando éramos chiquillos, Coxton y yo nos recorríamos la comarca entera y llegamos a conocer todos sus senderos, barrancos y vericuetos mejor que ningún otro. Una vez quisimos correr una pequeña aventura y nos llevamos comida de nuestras casas. Estuvimos una semana entera viviendo en la que nosotros llamábamos Cueva de los fantasmas.

—¿Hay alguna cueva con fantasmas en Varnton? —sonrió el joven.

—Bueno, verá... Está cerca del rio, en el promontorio que le obliga a hacer la curva en dirección Oeste. Más bien es un túnel, aunque, si no se conoce bien la ruta, es imposible encontrar la entrada y la salida. El viento, en ocasiones, recorre el túnel y produce unos sonidos casi musicales, pero de tonos bajos, y parecen los lamentos de un alma en pena. Nadie sino nosotros llamábamos así a la cueva, y, por supuesto, nos reíamos de los fantasmas...

Valley sacó una agenda de su bolsillo y un lápiz, y tendió ambos objetos a su interlocutor.

—¿Podría trazarme un croquis de la situación de esa cueva? —solicitó.

—Con mucho gusto —accedió Brughill.

Mientras Brughill trazaba un dibujo sobre el papel, Valley encendió un cigarrillo. De pronto, vio al agente Martin que se acercaba a la mesa.

Martin venía envuelto en un chubasquero cubierto de agua. Parecía muy preocupado.

—Tengo que decirle algo, señor Valley —manifestó—. ¿Cómo está, señor Brughill? —saludó al otro.

Brughill agitó un poco la cabeza.

—Hola, Benny —contestó, sin soltar el cigarro que sostenía con los dientes.

—Está bien, hable, amigo Martin —dijo Valley—. ¿De qué se trata?

—Verá, hemos tratado de comunicarnos con los inquilinos de Cedar House, pero no contesta nadie... Anoche se vio a un individuo sospechoso merodear por las inmediaciones de aquella casa y creemos pueda ser Monahan...

—¿Habla en serio, Benny?

—Sólo son hipótesis, pero, tal como están las cosas, no podemos permitirnos correr riesgos.

—Desde luego, pero ¿qué puedo hacer yo?

—He hablado con la señorita Gladys. Ella me ha dicho que usted es amigo de la señora Kelsey.

—Sólo hasta cierto punto —sonrió Valley—. ¿Y...?

—¿Podría ir a Cedar House y advertirles de lo que sucede?

—Bueno... —Valley titubeó un poco—, ¿Cree usted que puede existir algún riesgo?

—Nunca se sabe, señor —contestó Martin—. Pero si no le parece bien...

—No, no, en absoluto, ya iré a verles. De todos modos, hay un riesgo infinitamente mayor, Benny.

—¿Qué es, señor?

Brughill devolvió la agenda y el lápiz en aquel momento.

—Con esta indicación, encontrará la cueva sin perderse —manifestó.

—Gracias, aunque es posible que tarde algunos días en volver por aquellos parajes —dijo el joven.

—¿Es que va a suceder algo? —inquirió Martin, aprensivo.

Brughill miró a Valley fijamente. Este abrió la boca para decir algo, pero, en el mismo instante, se les acercó un hombre.

Era el dueño del local.

—Señores, tengo que comunicarles una mala noticia. La presa de Golden River corre peligro de derrumbamiento y hay orden de evacuar la ciudad, para evitar una catástrofe —anunció dramáticamente.

*

Mientras caminaba hacia Cedar House, Valley se sentía terriblemente angustiado.

Por consejo suyo, Gladys había publicado la conveniencia de la evacuación de Varnton. ¿Qué pasaría si sus temores resultaban infundados?

¿En qué situación quedaría Gladys, que había actuado confiando en sus consejos?

Pero era deseable incluso un fracaso en sus vaticinios. No habría pérdidas materiales..., aunque una evacuación masiva no se hacía a bajo costo precisamente. Sin embargo, si la presa resistía, las gentes podrían volver a sus hogares sin otras molestias que unas horas pasadas al aire libre y con un tiempo verdaderamente infernal.

Parecía como si se hubiesen abierto todas las fuerzas del cielo. ¿Llovía así cuando empezó el Diluvio Universal?

La casa apareció ante sus ojos, parcialmente envuelta en brumas. Llegó ante la puerta y presionó el botón de llamada.

Nadie pareció oírle. Valley se dijo que las circunstancias no estaban para remilgos y agarró el pomo. La puerta se abrió sin dificultad.

En el interior de la casa reinaba un silencio absoluto. Valley avanzó algunos pasos y, de pronto, vio otra puerta entreabierta.

Sin duda, daba al sótano. Tal vez Haggarth estaba allá abajo... Era posible que hubiese instalado su estudio en la planta inferior del edificio, a fin de conseguir un mejor aislamiento mientras escribía.

«Pero ¿de veras es escritor?», pensó, recordando que más de una vez le había parecido ver un rostro conocido, aunque sin conseguirlo localizar nunca con la memoria el sitio donde podía haberlo visto antes que en Varnton.

Lentamente, descendió las escaleras que conducían al subterráneo. Vio un interruptor y lo accionó, para iluminar el lugar tan sombrío. Cuando llegó abajo, vio algo que le hizo sentir náuseas.

El hombre, completamente desnudo, colgaba del techo, con las manos sujetas por una cuerda. En todo su cuerpo se apreciaban señales de unas torturas aplicadas con un sadismo inconcebible.

Había quemaduras de cigarrillos y diminutos cortes hechos sin duda con algún instrumento muy afilado. También faltaban tiras de piel en algunas partes del pecho.

Había sido un hombre muy resistente, sin duda, porque era evidente que había sabido soportar un espantoso suplicio, antes de ser vencido por el dolor y declarar...

¿Le habían hecho declarar algo? ¿Por qué lo habían torturado?

En el lado izquierdo del cuello tenía una horrible herida, muy semejante a la que había visto ya una vez, cuando encontraron el cadáver de Perry. En esta ocasión, sin embargo, el muerto no estaba cabeza abajo.

El rostro aparecía extrañamente respetado. Pese a la deformidad causada por aquella indescriptible agonía, Valley había visto más de una fotografía de aquel desgraciado. Muy pronto supo que Buzz Monahan no disfrutaría jamás del botín conseguido dos años antes.

—Entonces... Robur tenía razón... —murmuró, una vez rehecho de la impresión recibida.

Allí ya no podía hacer nada más. Haggarth, sin duda, había forzado a Monahan a que le revelase dónde estaba escondido el dinero. Habrá ido a buscarlo, supuso.

Regresó al vestíbulo. ¿Faltaban también Eunice y Ritchie?

Decidió explorar el resto de la casa. Tras una búsqueda infructuosa en las habitaciones de la planta baja, inició el ascenso al primer piso.

De repente, cuando llegaba al corredor, oyó unos ruidos extraños.

Alguien movió una silla y las patas rasparon el suelo. Sonó una voz de mujer:

—Ahora, no, por favor... El está a punto de volver... No es la ocasión más...

—Cualquier ocasión es buena —contestó un hombre de voz aflautada, casi infantil—, Y si viene él... al diablo con su...

Paso a paso, Valley se acercó al lugar de donde procedían las voces. Divisó una puerta entreabierta y se acercó para mirar a través de la rendija. Entonces vio algo que le dejó petrificado.

Sintió náuseas, un asco infinito, una repugnancia que no tenía nombre...

Eunice, completamente desnuda, estaba en la cama. Encima de ella, se agitaba con violentos movimientos de lujuria un diminuto hombrecillo.

Parecía un enorme sapo devorando a su presa, mucho mayor que él, sin embargo. Valley se preguntó quién podía ser aquel homúnculo, pero, súbitamente, de golpe, llegó la inspiración y adivinó la verdad.

*

Durante unos momentos, permaneció en el mismo sitio, como si le hubieran clavado los pies en el suelo. Jadeos y gruñidos animales llegaban a sus oídos. Eran dos bestias en celo, poseyéndose con furia abrasadora, ajenos a todo lo que ocurría a su alrededor, olvidados de cuanto pudiera suceder, ciegos por la pasión que les consumía.

El hombrecillo cayó de golpe sobre Eunice. Valley empezó a reaccionar.

En el mismo instante, se oyó una voz en la planta baja:

—¡Eunice! ¡Ritchie! Ya he vuelto... Ya sé dónde está...

Valley se dio cuenta de que la pareja iba a abandonar el lecho y miró a su alrededor, buscando un sitio donde esconderse. Si le encontraban en la casa, podía pasarlo muy mal.

Haggarth había cometido ya, por lo menos, un asesinato, y no le importaría matar a otra persona más. Valley no estaba dispuesto a correr la misma suerte que Monahan.

Cerca del lugar en que se hallaba, divisó una puerta. Eunice y el hombrecillo hablaban rápidamente, muy excitados, pero en voz baja. Era indudable que estaban vistiéndose a toda prisa, para que Haggarth no supiera lo que había pasado.

En un par de saltos, ganó la otra puerta, la abrió y pasó al otro lado, cerrando a continuación con infinito cuidado. Sin embargo, dejó una estrecha rendija, para atisbar lo que pasaba en el interior.

—¿Estáis dormidos? —vociferó Haggarth desde abajo—, ¡Vamos, aprisa; la ocasión no puede presentarse mejor!

Sonaron pasos precipitados. Valley vio a Eunice pasar a la carrera, atusándose el cabello con gestos nerviosos. Detrás de ella desfiló el que hasta entonces había creído era un chiquillo de doce años.

—Un enano... —murmuró.

Un ser de cuerpo diminuto, pero, no obstante, plenamente desarrollado como hombre. Eso, quizá, explicaba muchas cosas, se dijo.

—Han dado orden de evacuación total de la ciudad —dijo Haggarth—, El momento no puede ser más propicio. Nadie se fijará en nosotros, con el jaleo que hay por todas partes.

—Pero aún no tenemos el dinero... —objetó ella.

—Sabemos dónde está y es más que suficiente. Maldita sea, si hubiera tenido el coche en condiciones... Hasta hoy no han podido entregármelo en el taller...

—¿Lo habrás repostado, supongo? —dijo Ritchie.

Haggarth se echó a reír.

—El nuevo depósito que le han puesto tiene cabida para ciento cincuenta litros. Podemos viajar hasta el fin del mundo...

—Está bien —cortó Eunice—. Basta ya de palabrería. Vamos a buscar el dinero y desapareceremos de esta maldita ciudad para siempre.

Valley oyó el ruido de la puerta que se abría y se cerraba y, dando media vuelta, corrió hacia la ventana del otro dormitorio en el que se había refugiado. Haggarth, Eunice y el enano entraban ya en el coche, que se puso en marcha inmediatamente.

El automóvil tomó una dirección contraria a la que parecía lógica en aquellas circunstancias. A Valley no le extrañó en absoluto. Sabía

adónde iban y qué buscaban.

Retrocedió para marcharse, seguro ya de no ser descubierto. De pronto, vio algo que brillaba encima de una consola.

Atraído por la curiosidad, se acercó al mueble y contempló el hermoso medallón de esmaltes y diamantes. En el centro se veían dos iniciales, en rubíes y esmeraldas: J. E.

—¡Jessica Esmond! —exclamó, sin poder contenerse.

Cogió el medallón y cerró los dedos. No, Jessica Esmond no había muerto a consecuencia de una maldición proferida por el que todo el mundo había creído un chico mal educado.

Había sido asesinada. Una almohada sobre la cara... asfixiada... parecería un ataque al corazón..., pero si habían exhumado su cadáver, habrían encontrado en sus dedos, en las uñas, restos del tejido de las sábanas, sobre las cuales se habían crispado sus manos en los últimos momentos de una horrorosa agonía...

¿Y Perry?

El borrachín del pueblo había muerto por algo que no comprendía. Pero ya lo sabría, se dijo.

Perry había tenido razón al calificar a los moradores de Cedar House: Satán y su familia. Una familia muy pequeña, pero de una perversidad inimaginable.

Aquél parecía el dormitorio de Haggarth. El siniestro trío se había dirigido a la Cueva de los fantasmas. Pero no podrían continuar indefinidamente en aquella dirección. Tendrían que volver sobre sus pasos y atravesar la ciudad para escapar con su botín.

Registró el dormitorio rápidamente. En uno de los cajones de la consola encontró varias fotografías, antiguas de dos o tres años. Bastó ver una de ellas para recordar inmediatamente dónde había visto a Haggarth antes que en Varnton.

Al cabo de unos momentos, guardó el medallón y echó las fotografías al bolsillo. Luego corrió en busca de la salida.

Al llegar a la puerta, se subió el cuello del impermeable y se ajustó el sombrero de hule. Sintió terror al ver lo que caía del cielo.

—Dios santo... —murmuró, sin poder contenerse.

Diluviaba.

Era una cortina líquida la que descendía ininterrumpidamente desde las alturas. Billones de hilos de agua que descendían en apretados haces, empapando la tierra y creando arroyuelos que corrían serpenteando por todas partes. Sin poder contenerse, tendió la vista hacia las montañas que no se podían divisar.

Allí, a doce o catorce kilómetros, había un peligro infinitamente mayor que el que podía producir un trío de diabólicos asesinos. En aquel instante, Valley adquirió la trágica convicción de la catástrofe que nada ni nadie podría ya remediar.

Al cabo de unos segundos, reaccionó y echó a correr hacia el pueblo.

CAPITULO XI

La agitación reinaba por todas partes.

El agua que caía de las nubes grises, amenazadoras, parecía haber persuadido a los habitantes de Varnton mejor que cualquier consejo de un entendido en la materia. Las gentes abandonaban sus casas, llevándose sólo lo más imprescindible. Los policías trataban de encauzar aquel caos y no siempre lo conseguían.

Valley, abriéndose paso con dificultad entre el gentío, consiguió llegar al edificio de la emisora. Ya no había empleados en el vestíbulo ni en las oficinas y se preguntó si la muchacha habría abandonado también la casa.

De pronto la vio, en un despacho que comunicaba con la emisora de radio, en donde un locutor transmitía consejos e indicaciones para una mejor evacuación de la ciudad. Ella le vio al mismo tiempo y pareció sentirse muy contenta.

—¡Victor! Creí que te habrías escapado...

—No podía hacerlo —respondió él—. He estado ocupado en... Pero ya te contaré. ¿Cómo va la cosa?

—Bien, mejor de lo que podíamos esperar. El alcalde y las demás autoridades han comprendido la gravedad de la situación y ordenaron la evacuación sin pérdida de tiempo.

—¿Hay noticias de la presa?

—Mallinson telefoneó diciendo que ha ordenado abrir todas las compuertas. Desgraciadamente, también añadió algo menos agradable.

—¿Sí?

—Está llegando más agua de la que consigue evacuar.

Hubo un momento de silencio. Valley y Eunice se miraban fijamente.

—Esa presa no resistirá —dijo el joven pasados unos segundos—. Ni siquiera aunque la roca se mantenga en su sitio. No se calculó un temporal de aguas de estas características. En estos momentos, apostaría algo bueno, hay veinte millones de metros cúbicos de agua más de lo estimado como capacidad máxima.

En aquellos instantes entró una muchacha pálida, muy nerviosa.

—Señorita, el ingeniero Mallinson acaba de llamar —informó—. Dice que el agua está llegando ya al coronamiento de la presa... Antes de una hora rebosará por encima...

—Está bien, Susan. Deje todo y márchese inmediatamente. Salve su vida, eso es lo más importante.

—Sí, señorita.

La chica echó a correr sin necesidad de que se lo repitieran dos

veces. Gladys tocó una tecla y se inclinó hacia un interfono.

Desde allí, a través del cristal aislante, se veía el locutorio donde un informador emitía noticias continuamente. Gladys llamó su atención con un gesto de la mano.

—Bill ha llegado la hora —dijo—. Transmite la última noticia, despídete de la gente y márchate. Como se dice en determinados casos: «Abandonen el barco.»

El locutor hizo un gesto, juntando el índice y el pulgar en círculo, para manifestar sin necesidad de palabras que había comprendido la orden. Gladys le dirigió una sonrisa de simpatía y cerró el interfono. Luego se atusó el pelo maquinalmente.

—Bien, Victor, aquí ya no tenemos nada que hacer. Mis padres se marcharon ya hace dos días; acabo de hablar con ellos y les he dicho que dejaré Varnton muy pronto. Tú tampoco te quedas, supongo.

—No, desde luego. Y me parece que no voy a poder echar mano de los servicios de la policía local —respondió Valley.

—Están demasiado ocupados ayudando a Ia gente a marcharse lejos del peligro. ¿Por qué ibas a necesitar a la policía?

—He encontrado a Monahan muerto, después de haber sido salvajemente torturado. Lo hicieron Haggarth, Eunice y Ritchie.

Gladys se espantó.

—¿También ayudó el chico...?

—No era un niño. Es un enano —dijo Valley.

Ella se quedó estupefacta. En el mismo instante, el locutor tiró el micrófono sobre la mesa y echó a correr.

Valley agarró el brazo de la muchacha.

—Vámonos, Gladys.

*

—Benny Martin me pidió fuese a Cedar House, para advertirles de la posible presencia de Monahan en las inmediaciones de la casa —explicó Valley, mientras descendían por las escaleras del edificio—. No me contestó nadie cuando llegué y entré porque creía mi deber advertirles del posible peligro que suponía la presencia del forajido. Divisé una puerta entreabierta, bajé al sótano y encontré a Monahan muerto.

—¿Por qué lo hicieron, Victor? —preguntó ella.

—Está claro. Monahan había venido a buscar el dinero. Haggarth fue el que ideó el asalto, pero Coxton le burló y escondió el botín. Seguramente y durante todo este tiempo, Haggarth ha estado haciendo indagaciones para ver de localizar los seiscientos mil dólares. Al fin, se estableció y...

—Ahora sabe dónde está ese dinero —adivinó Gladys.

—Sí. Ignoro la forma en que atrajeron a Monahan a la casa, y en realidad, no importa demasiado. Monahan, por su parte, tuvo tiempo en la cárcel de pensar en el lugar donde estaba escondido el botín y, al fin, llegó a la conclusión de que sólo podía ser en un sitio. O tal vez se lo dijo Coxton antes de morir… En fin, eso no tiene apenas interés, pero todavía tengo más cosas que contarte y algunas verdaderamente repugnantes.

—Soy periodista —sonrió ella—. Estoy acostumbrada a oír hechos muy desagradables.

—Muy bien, entonces, continúa escuchándome…

Valley se interrumpió porque ya había llegado a la puerta del edificio. Asombrado, se dio cuenta de que, en aquel corto espacio de tiempo, la calle había quedado prácticamente desierta.

—Por lo visto, ha sido una evacuación muy rápida —comentó.

—Hace algún tiempo, se trazaron planes para una operación semejante, en caso de posible peligro. Hubo muchas protestas y bastante resistencia, pero aquellas molestias han servido ahora para que cada uno supiera lo que tenía que hacer —explicó la muchacha—. Pero sigue, por favor; estabas contando algo verdaderamente apasionante…

—Verás, después de encontrar a Monahan, oí ruido en el primer piso y subí discretamente a ver lo que sucedía. Entonces vi a Eunice y a Ritchie, desnudos, en una posición que… ¿No te pones colorada?

Gladys abrió los ojos desmesuradamente.

—¿Ella con…, con ese hombrecillo?

—Imagínate lo que sentí yo cuando los vi. Pero hablaban y comprendí la verdad muy pronto. Ritchie nos ha estado engañando todo el tiempo. Parecía muy desarrollado mentalmente para su edad y era lógico, puesto que ya debe de andar por los cuarenta años.

—¡Pero si parece un niño! Valley extrajo las fotografías del bolsillo y le mostró una, en la que aparecían Haggarth, con barbita en punta y bigote, Eunice, con traje de malla de lentejuelas y Ritchie, vestido como un chico de diez o doce años. Pero el rostro del enano, aun conservando la semejanza con las facciones actuales, era el de una persona ya madura.

—No comprendo —dijo ella—. Ahora tiene el rostro de un chiquillo…

—Cirugía estética —declaró Valley—. Seguramente, lo hirieron para no ser reconocidos. Haggarth se afeitó completamente. Ella, como ves, era morena y ahora es rubia, aparte de que usa vestidos muy diferentes y eso puede cambiar por completo el aspecto de una persona. En cuanto a Ritchie… ahora comprendo por qué pronunciaba frases que correspondían al lenguaje de una persona mayor y no al de un niño de doce años. Albañal no es una palabra que pueda usar

corrientemente un chiquillo, por ejemplo.

Gladys hizo un gesto de asentimiento.

—Entonces, los conocías...

—Les vi actuar en una ocasión, él también prestidigitador, como Robur Manos de Oro. Entonces se anunciaban como Seamus *El Supermago* y su familia. Ella era la chica bonita que ayuda al artista y Ritchie hacía juegos malabares y otras cosas para entretener al público. Pero eso no es todo.

Valley sacó el medallón.

—Asesinaron a la viuda Esmond —agregó—. Por eso Ritchie profetizó su muerte, porque sabía que la iban a matar... para apoderarse del medallón. Si no conseguía el dinero, cincuenta mil dólares tampoco era mal botín.

—Mataron a Jessica —dijo Gladys pensativamente—. Pero ¿por qué asesinaron a un personaje tan inofensivo como el pobre Ellis Perry?

—Perry era el borrachín del pueblo, que lo sabe todo, porque mete las narices en todas partes. Tal vez supo la verdad o averiguó que Ritchie no era un niño... Acaso pidió dinero por su silencio...

—Y encontró un cuchillo —se estremeció la joven.

—En cuanto a Robur, ya lo sabes: pedía la mitad del botín, de lo contrario, denunciaría a Haggarth y éste no podía consentir ninguna de las dos cosas.

—Ni reparto del botín ni la denuncia a la policía.

—Exactamente. Haggarth conocía bien los números que realizaba Robur y le preparó la trampa de la mesa con las patas aserradas.

—Eso lo explica todo, Victor, pero ¿dónde están ahora?

—Han ido a buscar el dinero y yo sé dónde está.

—¿De veras?

—Me lo dijo Brughill. Es más; me hizo un croquis...

Gladys agarró al joven por un brazo.

—La policía no puede ir, pero nosotros sí —dijo, muy excitada.

Valley la miró largamente.

—¿Estás segura de que quieres ir?

Ella señaló su jeep.

—Vamos —dijo, lacónica.

—El puede tener un arma...

Gladys se echó a reír, levantó una manta que había en el asiento posterior y enseñó un rifle.

—Es de mi padre. Lo llevo siempre; nunca se sabe...

Valley se pellizcó el labio inferior.

—¿No te atreves? —preguntó la joven.

—Estoy pensando en la Cueva de los fantasmas. Si la presa se derrumba, no sé si el agua llegará hasta allí...

—Bueno, podemos esperar en un sitio seguro y cerrarles el paso cuando traten de escapar. No olvides que han cometido tres asesinatos; dos, sobre todo, de una iniquidad inconcebible…

—Está bien, como quieras. Vamos allá, pero si advierto la menor señal de peligro, harás exactamente lo que yo te ordene.

Gladys saltó al coche y dio el contacto.

—Tú mandas, capitán —exclamó con jovial acento.

El jeep se puso en marcha inmediatamente. Gladys viró en redondo y enfiló el camino que conducía a la presa.

En los primeros kilómetros, la ruta seguía la ribera derecha del río, para cruzar luego al otro lado, por medio de un puente de estructura de piedra y cemento. Cuando llegaban a las inmediaciones, oyeron un terrible estruendo.

El puente acababa de saltar en pedazos, debido a la increíble potencia de las aguas de un río enormemente crecido por la apertura de las compuertas. Gladys frenó en seco y miró desolada el paisaje.

—No podemos pasar al otro lado —exclamó, sintiéndose terriblemente frustrada.

CAPITULO XII

El coche se detuvo al pie del promontorio. Haggarth sacó un pequeño mapa y lo consultó unos momentos.

—Sí, aquí es —dijo—. La cueva está sólo a unos pocos metros de distancia, al otro lado de aquel grupo de robles. —Señaló los robles con la mano.

—Muy bien, no perdamos más tiempo —exclamó Eunice, a la vez que se apeaba del automóvil.

Los tres iban provistos de sendos impermeables, Ritchie con el suyo característico, de color amarillo rabioso. Haggarth, además, había llevado un saquete de lona y un potente farol portátil.

La pendiente era muy empinada y había puntos donde el pie resbalaba a consecuencia del fango producido por la lluvia que no dejaba de caer. Renegando entre dientes, soltando palabrotas de vez en cuando, los dos hombres y Eunice ascendieron por la ladera, hasta encontrar unos arbustos muy espesos, que ocultaban por completo la entrada a la cueva, de tal modo que, si no se conocía su emplazamiento exacto, era imposible suponer siquiera su existencia en aquel lugar.

—¡Aquí! —exclamó Haggarth jubilosamente.

—Por fin —dijo ella, respirando satisfecha.

—Ha costado un poco, pero valía la pena, ¿eh? —rió el enano.

Los matorrales fueron apartados a un lado y sujetadas algunas de sus ramas con piedras, para permitir un mejor acceso y también la entrada de la luz. A pesar de todo, Haggarth encendió el farol, apenas franqueada la entrada.

La cueva parecía más bien un túnel de trazado recto, cuyo final no se podía divisar. Casi en silencio, temblando de excitación, los tres avanzaron paso a paso sobre un suelo sorprendentemente seco. En la entrada, el agua que caía por la ladera formaba una cortina de hilos que parecían plata líquida.

Haggarth caminaba en cabeza del pequeño grupo. De súbito, vio un saliente rocoso, que parecía un gigantesco puño casi completamente enterrado en el muro.

—¡Aquí! —gritó—. Ritchie, sujeta la lámpara...

El enano tomó el farol. Haggarth agarró la piedra con ambas manos, hizo movimientos de rotación en ambos sentidos y luego tiró hacia afuera, soltándola inmediatamente, apenas la notó desencajada de su emplazamiento.

—Bueno, ahí está —dijo, con un profundo suspiro, mientras contemplaba los saquetes de recia lona, todavía con los rótulos impresos de la compañía de transporte de dinero.

—Hemos esperado mucho tiempo, pero valía la pena —sonrió Eunice.

Fuera, a lo lejos, se oyó un lejano fragor, pero ninguno de los tres prestó atención al ruido que llegaba de la distancia.

*

Desde la entrada al puente derruido, Valley contempló la presa que se alzaba amenazadoramente a menos de dos kilómetros de distancia, y vio algo que le puso los pelos de punta.

El agua desbordaba en cataratas por el coronamiento. Valley se preguntó cómo era posible que el muro de contención hubiera podido resistir el formidable empuje de más de ochenta millones de metros cúbicos.

Una cosa le pareció segura: la presa no aguantaría ya mucho más.

—Vamos, Gladys, salta fuera —dijo.

—Debemos volver a la ciudad...

—No sé si tendremos tiempo. Vamos, antes de que sea demasiado tarde —la apremió él.

Gladys comprendió la inminencia del peligro y abandonó el jeep, aunque no se dejó el rifle, que, sin embargo, puso en manos del joven. Valley, por su parte, corrió hacia una ladera cercana, de pendiente relativamente suave.

—Tenemos que alcanzar un punto más elevado que la presa —dijo.

Ella no puso ninguna objeción y emprendió el ascenso seguidamente. Valley subía rápidamente, serpenteando en ocasiones, para salvar obstáculos que presentaban ciertas dificultades. Un cuarto de hora más tarde, se encontraban a más de cien metros sobre el nivel del río.

Era un espectáculo impresionante. El río bajaba enormemente crecido, con una furia que amenazaba con arrasar cuanto encontrase a su paso. Varnton, sin embargo, no hubiera corrido ningún peligro, ya que estaba situada a un nivel de total seguridad para la mayor crecida posible.

Pero no había salvación posible para la ciudad si la presa reventaba... Varnton sucumbiría bajo el formidable asalto de una ola de millones de toneladas, que alcanzaría decenas de metros de altura...

Al llegar a la cumbre, Valley se dio cuenta de que estaban situados justamente frente al promontorio. La proa del saliente les apuntaba como un gigantesco dedo. Dada su situación en la orografía del lugar, Valley dedujo que la boca de la cueva se hallaba mirando hacia la presa.

La distancia era de trescientos metros escasamente. El coche de Haggarth se veía estacionado al pie del promontorio.

Luego, Valley, sin poder contenerse, volvió la mirada hacia la presa.

Gladys lanzó un grito:

—¡Victor, mira allí!

El joven volvió los ojos hacia el lugar señalado. Pese a la distancia, podían divisar una diminuta figura, sobre la cúpula de una de las dos torres de control de la presa.

—¿Quién es ese loco? —preguntó la muchacha.

Valley adivinó su identidad instantáneamente.

—Mallinson —dijo con voz opaca.

—¿El ingeniero? ¿Ha perdido la razón?

—Ha perdido la fe en sí mismo.

Repentinamente, se oyó un aterrador crujido. Gladys, instintivamente, se apretó contra el joven.

La roca se movió. Decenas de toneladas de piedras y escombros de sus alrededores empezaron a rodar por la pendiente hasta el embalse a rebosar. Grandes columnas de espumas se elevaban a las alturas, con fuertes chasquidos.

Las ondas empezaron a propagarse por la hasta entonces casi quieta superficie de las aguas. De pronto, la roca gigante empezó a inclinarse.

Ya se movía casi sin ruido, como si no necesitase avisar de su inminente caída, tras los crujidos preliminares. Aquella inmensa mole, de miles de toneladas, se inclinó, osciló un poco, como si quisiera detenerse a sí misma, y luego se desplomó sobre el lago.

A Valley le pareció que el gigantesco pedrusco caía a cámara lenta. Era como si alguien lanzase a las aguas un colosal rascacielos. En el primer instante, pareció que la roca se hundiría en la masa líquida casi sin agitarla.

Luego sobrevino la colosal explosión y una inmensa masa de agua salió despedida hacia arriba y a los lados. El ruido resultó apocalíptico.

Una inmensa ola se formó al instante y avanzó con indescriptible velocidad hacia la presa. Gladys se dio cuenta de que tenía la cara completamente mojada y no sabía si era agua de lluvia o de las lágrimas que brotaban de sus ojos inconteniblemente.

La onda de choque medía más de veinte metros de altura y muy pronto formó un frente tan largo como era de ancho el embalse, terriblemente amenazador, inconcebiblemente poderoso. En menos de diez segundos, alcanzó la presa.

El muro verdoso, semitransparente, rebasaba la altura de las torres de control. Valley y Gladys vieron desaparecer en aquella pared

líquida la figura del ingeniero, que así quería expiar sus culpas.

Luego, la parte superior de la presa saltó como si un gigante de imposibles dimensiones le hubiese asestado un terrible puntapié. El agua salió despedida primero horizontalmente, a más de cien metros de distancia, una masa líquida cuya fuerza era imposible de calcular.

Enormes bloques de cemento saltaron por los aires como simples guijarros. El ruido era aterrador y el suelo temblaba como si se estuviese produciendo un terremoto. Los dos jóvenes sintieron en el rostro el formidable soplo de la masa de aire, empujada por la ola que se había formado tras la caída de la roca.

Era un espectáculo dantesco. Primero se abrió una gran brecha en el centro de la presa. Luego, la brecha se ensanchó en todos los sentidos y llegó hasta los estribos laterales.

En la central eléctrica del pie de la presa se produjeron unos chispazos, muy pocos. Inmediatamente, una terrible masa de agua cayó sobre edificios e instalaciones, destruyéndolos en un instante.

Luego, la monstruosa ola, de casi treinta metros de altura, avanzó hacia Varnton con indescriptible rapidez.

*

El fragor de la roca al caer y el de la subsiguiente rotura de la presa llegaron claramente hasta el interior de la cueva. Haggarth, Eunice y Ritchie estaban trasvasando los billetes de las sacas originales al saco que él había llevado previsoramente y volvieron la cabeza por instinto hacia la entrada de la cueva.

—¿Qué diablos es eso? —exclamó Ritchie.

El ruido aumentaba por segundos. Un fuerte soplo de aire penetró en la cueva.

Ritchie corrió hacia la entrada. Apenas se había asomado, lanzó un chillido de pánico.

—¡La presa se ha derrumbado!

Eunice se sintió aterrada.

—Vámonos, antes de que sea demasiado tarde...

Quiso echar a correr, pero Haggarth la retuvo por un brazo.

—No, por ahí no, ya no disponemos de tiempo. Pero esta cueva tiene otra salida...

Ritchie ya volaba por delante de ellos, olvidado por completo del dinero. Haggarth escapó a todo correr.

Eunice intentó seguirles. De pronto, tropezó y cayó cuan larga era.

—¡Symon, no me dejes! —chilló, presa de un pánico absoluto.

El soplo del viento era cada vez más intenso. De pronto, cuando ya se levantaba, Eunice oyó un sonido aterrador.

La oscuridad se hizo casi total en aquel sector de la cueva. Eunice,

enloquecida de terror, volvió la cabeza y, durante una fracción de segundo, pudo divisar todavía aquel colosal chorro de líquido que avanzaba hacia ella como si saliera de la boca de alguna gigantesca pieza de artillería. Por una milésima de segundo, se sintió una pluma envuelta en un irresistible torbellino líquido. Luego se apagaron todos los ruidos para ella.

*

La ola gigantesca avanzó a toda velocidad y llegó al promontorio, chocando contra éste con tremenda potencia, aunque no lo rebasó por su parte superior, sino que empezó a desviarse hacia su derecha. Pero la masa de agua que había golpeado aquel saliente era sólo una pequeña parte de la que salía por la brecha abierta en la presa.

Con ojos pasmados, Valley y Gladys contemplaron aquel aterrador espectáculo, casi sin oír el fragor de la catástrofe, absortos en la contemplación de algo que no volverían a ver en los días de su vida. De pronto, Valley divisó algo asombroso.

—¡Mira, Gladys!

Por el lado opuesto del promontorio salía un gigantesco chorro de líquido, como si brotase de una manguera de enormes dimensiones. Valley comprendió que parte del agua caída del derrumbamiento había atravesado la cueva con la velocidad de un proyectil de cañón.

Incluso creyó ver tres cuerpos que se agitaban en el agua, pero no estaba seguro. ¿Acaso se trataba de una ilusión de sus sentidos? ¿Era que deseaba subconscientemente la muerte de tres empedernidos criminales?

Después, la ola gigante avanzó rauda hacia Varnton.

*

Era un espectáculo desolador.

Los equipos de rescate y reconstrucción se movían dificultosamente entre la masa de ruinas y fango que había sido hasta hacía poco una próspera ciudad, rebosante de vida y de actividad. Se hablaba de ayudas del gobierno y del Estado y las entidades benéficas enviaban grandes cantidades de ropas y víveres. El ejército había montado un poblado con tiendas de campaña y barracones prefabricados, y se había instalado asimismo un hospital móvil para primeros auxilios.

Decenas de máquinas trabajaban en la limpieza de los escombros. El río, todavía muy crecido, corría turbulento, pero nunca había representado un peligro para la ciudad.

Las pérdidas eran incalculables. Se hablaba de exigir

responsabilidades a la compañía de energía eléctrica.

—Es como pedir la luna —dijo Gladys—. No tienen dinero suficiente para pagar todas las indemnizaciones...

—El gobierno ayudará, no te quepa duda —aseguró Valley.

Ella movió la cabeza pesarosamente.

—A veces, me siento culpable... Si hubiera insistido con más énfasis en mis editoriales... Si hubiera desarrollado una campaña de prensa más vigorosa, tal vez... un vaciado oportuno de la presa habría evitado el desastre... En algunos momentos pienso que te llamé demasiado tarde...

—Tú no tienes culpa de nada —respondió el joven—. Hiciste cuanto estaba en tu mano para evitar la catástrofe, pero aún se te debe agradecer la evacuación de la ciudad, porque se han salvado sesenta mil vidas y eso es algo que todos deben reconocer. Una casa destruida se puede levantar incluso en horas; en cambio, una vida perdida lo es para siempre.

—Una vida perdida... Antes de la catástrofe, se perdieron algunas... ¿Habrán conseguido escapar los culpables, Victor?

Valley y Gladys paseaban por un trozo relativamente despejado. Algunas personas buscaban entre las ruinas de lo que habían sido sus casas, con la esperanza de rescatar algo que todavía pudiera resultarle útil.

De pronto, Valley vio algunos papeles verdes entre el fango.

—Mira, Gladys.

El joven se inclinó y sacó unos cuantos billetes.

—¿Serán los del robo de Coxton? —apuntó Gladys.

Valley estaba acuclillado. Al limpiar de barro uno de los billetes que sólo enseñaba una punta, vio asomar unos dedos humanos.

Apartó un poco más de barro. Una mano quedó enteramente al descubierto.

Todavía había rastros de esmalte rojo en las uñas. Valley adivinó inmediatamente a quién pertenecía aquella mano.

—Ella no pudo salvarse —murmuró.

—Los tres estaban juntos dentro de la cueva. La ola les arrastró en aquel chorro que debió de barrer por completo el interior del túnel —supuso la joven.

Valley quitó más barro. Cuando vio unos cabellos rubios aparecer entre los escombros, se enderezó y agitó la mano para llamar la atención de un equipo de rescate que actuaba en las inmediaciones.

—¡Eh, vengan; aquí hay un cadáver!

Los hombres acudieron en el acto. Valley y la muchacha se separaron un poco.

—El agua se llevó seiscientos mil dólares —dijo ella—. No se podrán recuperar, salvo los que tú has encontrado...

—Esas compañías están aseguradas —repuso él—. No perdieron gran cosa, excepto, claro, las vidas de dos de sus empleados. Pero esto cierra definitivamente el caso Coxton.

—Y el de Satán y su familia.

Callaron un momento. El sol se esforzaba por asomar entre las nubes que aún quedaban en el cielo.

—Gladys, me gustaría quedarme aquí para ayudarte a reconstruir tu negocio —dijo é(de pronto.

—No puedo rechazar esa ayuda —sonrió ella.

—Y más adelante..., ¿quién sabe? Tal vez un día diga que no me llamaste demasiado tarde, sino en el momento oportuno... para los dos.

En los ojos de Gladys brilló una luz de esperanza.

—Creo que no hice una llamada mejor en mi vida —respondió.

FIN